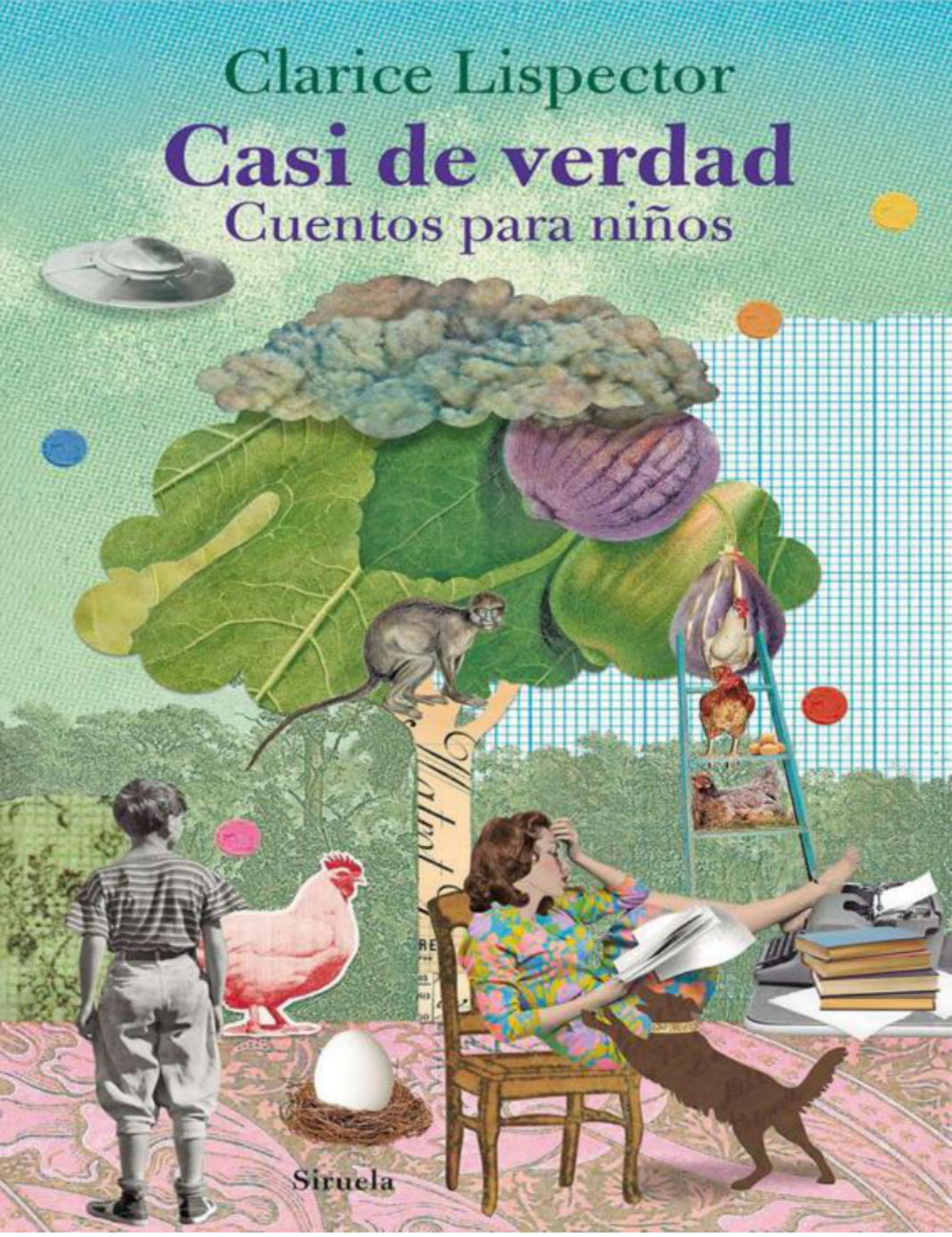
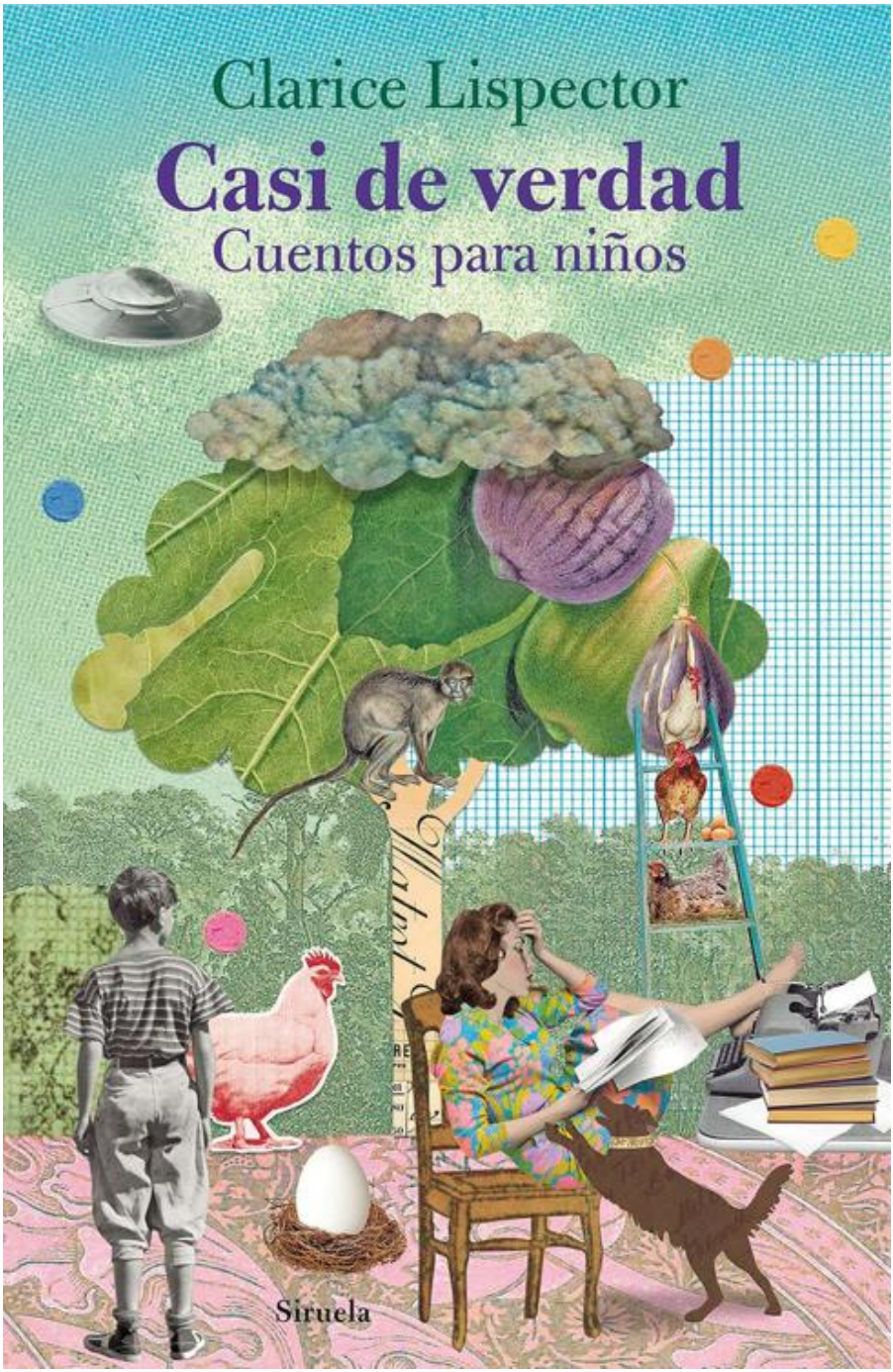
Clarice Lispector

Casi de verdad

Cuentos para niños



Siruela



CASI DE VERDAD

CUENTOS PARA NIÑOS

CLARICE LISPECTOR

CLARICE PARA NIÑOS

Para hablar de la obra infantil de Clarice Lispector, nada mejor que empezar leyendo sus propias palabras. He aquí un extracto de la entrevista que concedió al periodista Julio Lerner en la cadena de televisión brasileña TV

Cultura de São Paulo, en febrero de 1977:

¿Cómo describiría a la Clarice Lispector dedicada a la literatura infantil?

Comenzó cuando mi hijo tenía seis años, seis o cinco años, y me ordenó que escribiera un cuento para él. Y lo escribí. Después lo guardé y ya no le volví a prestar atención. Hasta que me pidieron un libro infantil. Y dije que no tenía nada. Me había olvidado por completo de aquel libro. Para mí era poca literatura, no quería publicar aquello. Era para mi hijo. Entonces, me acordé: «Bueno, sí que tengo algo, sí». Y se publicó. Se publicaron tres libros de literatura infantil, y ahora estoy escribiendo el cuarto.

¿Es más difícil para usted dirigirse al adulto o al niño?

Cuando me dirijo al niño, es fácil porque soy muy maternal.

Cuando me dirijo al adulto, en realidad me estoy dirigiendo a lo más secreto de mí misma.

¿El adulto es siempre solitario?

El adulto es triste y solitario.

¿Y el niño?

El niño tiene la fantasía en libertad.

En el prefacio de «El misterio del conejo pensante», Clarice explica

cómo comenzó a escribir libros para niños, como yo entonces, protagonista del cuento. Así lo recuerdo: al ver a mi madre trabajar en el salón de casa, con su máquina de escribir en el regazo y ocupada con las tareas domésticas, le dije en tono de ultimátum y con el aire tiránico propio de los más pequeños: «Escribes para tantas personas…, ¿por qué no escribes para mí?».

Entonces vivíamos en Washington DC, Estados Unidos, mi padre era diplomático en la Embajada de Brasil. Yo había nacido allí, y en casa hablábamos casi más en inglés que en portugués. Por eso el texto surgió en inglés, supongo que fue mi madre la que hizo la versión en portugués. Fue una estancia larga, desde que nací hasta que regresamos a Brasil pasamos allí seis años.

Todavía hoy mucha gente me pregunta por el secreto de la huida de los conejos, que sigue siendo un misterio para imaginar y debatir en familia, algo de lo que fui testigo infinidad de veces.

Era una casa inolvidable, no solo por ser la casa de mi infancia, sino porque estaba llena de animales: como mi amigo fraternal Jack Valente —en Estados Unidos los animales llevan el apellido familiar, una simpática tradición—, un escarabajo encantador, patitos y polluelos y demás. Mi infancia en aquella casa estuvo repleta de animales que, como sucedió en su propia infancia, también inspiraron a Clarice.

Los demás cuentos infantiles de Clarice son autobiográficos, excepto (imagino…) los extraterrestres de Júpiter en «La vida íntima de Laura», fruto de la ficción. Es más, hay otro relato, «Miss Algrave», que se recoge en el libro *El vía crucis del cuerpo*, donde aparece un personaje de Saturno…

También soy el protagonista de «La mujer que mató a los peces». Esta vez me fui de viaje y dejé a mis peces dorados en el acuario de casa, y mi madre se olvidó de darles de comer, probablemente ocupada en cosas más serias. En este cuento, autobiográfico, relata sus vivencias con un cachorro en Italia. Igual que en otras crónicas suyas sobre monos, sobre la esperanza

—un insecto brasileño—, todo es real, casi una descripción periodística.

En «Casi de verdad», la historia es sobre Ulisses, el perro callejero que acompañó a mi madre hasta el final de su vida, muy alegre y cariñoso.

Ulisses incluso participó en una entrevista que Clarice concedió a un

importante semanario, con fotografía y todo.

Yo mismo intervine de manera especial en «Cómo nacieron las estrellas.

Doce leyendas brasileñas». A Clarice la contrataron para escribir estas leyendas —en realidad, para reescribirlas con su propio estilo, ya que son historias tradicionales de Brasil— para un calendario de una fábrica de juguetes en Brasil. Pasados los años, me di cuenta de que estas leyendas eran muy sensibles y particulares, así que acordé con la editorial en transformar el texto en un libro infantil. Acerté como «editor», pues este libro es muy querido tanto por niños como por adultos.

Los textos infantiles de Clarice son por tanto muy personales, autobiográficos y familiares, y justamente por ello son tan apreciados para leer en familia por padres, abuelos y tíos, antes incluso de que los niños aprendan a leer, a lo que ayudan las ilustraciones que los acompañan. Y así, más adelante, cuando ya sepan leer, podrán llegar a disfrutar mejor de su obra para adultos.

PAULO GURGEL VALENTE

septiembre de 2021

LA MUJER QUE MATÓ A LOS PECES

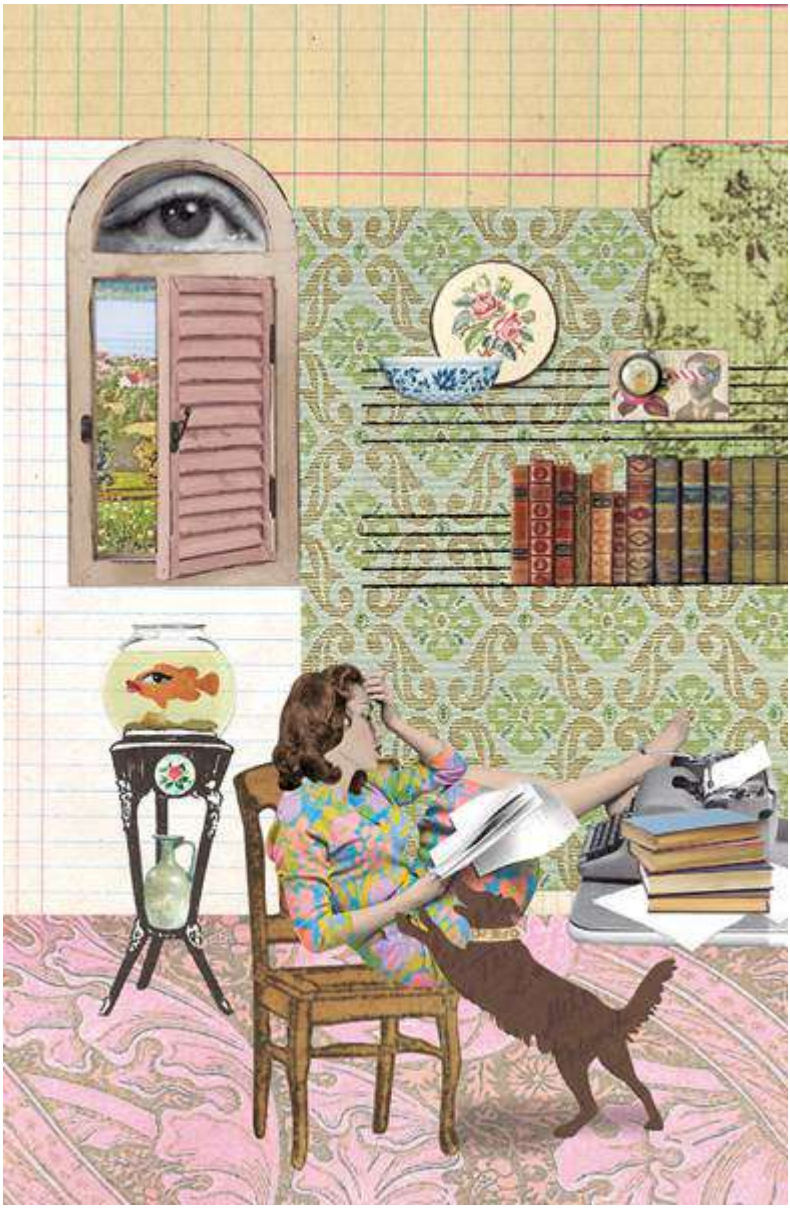
Para Nicole y Cássio.

Para João, Mark y Giancarlo.

Para Karin, Letícia, Mônica, Zilda y Azalia.

Y, sobre todo, para la

Campaña Nacional del Niño.



La mujer que mató a los peces, desgraciadamente, soy yo. Pero os juro que fue sin querer. Encima yo, que no tengo valor para matar nada vivo… Incluso dejo de matar alguna cucaracha que otra.

Doy mi palabra de honor de que soy una persona de confianza y tengo

buen corazón: no dejo que ningún niño ni ningún animal sufran cerca de mí.

Pues mira por dónde maté a dos pececillos rojos que no le hacen daño a nadie y que no son ambiciosos: lo único que quieren es vivir.

Las personas también quieren vivir, pero por suerte también quieren aprovechar su vida para hacer algo bueno.

Todavía no tengo el valor para contar ahora mismo cómo sucedió todo.

Pero prometo que al final de este libro lo contaré, y vosotros, que vais a leer esta triste historia, me perdonaréis o no.

Os preguntaréis: ¿por qué solo al final del libro?

Y yo respondo:

—Porque al principio y a la mitad os voy a contar algunas historias de animales que he tenido, tan solo para que veáis que únicamente he podido matar a los pececillos sin querer.

Tengo la esperanza de que, al final del libro, ya me conozcáis mejor y me deis el perdón que os pido por la muerte de los «coloraditos», en casa llamábamos a los peces «coloraditos».

Voy a contar antes unas cosas muy importantes para que no os pongáis tristes por mi crimen. Si tuviese la culpa os lo confesaría, porque no les miento ni a los niños ni a las niñas. Solo le miento a veces a cierto tipo de personas mayores porque es la única manera. Hay personas mayores que son tan aburridas, ¿no creéis? No comprenden el alma de un niño. Un niño nunca es aburrido.

De momento solo puedo decir que los peces murieron de hambre porque me olvidé de darles de comer. Después os lo cuento, pero en secreto: solo vosotros y yo lo sabremos.

Tengo la esperanza de que al final del libro me podáis perdonar.

Siempre me han gustado los animales. En mi infancia estuve rodeada de gatos. Tenía una gata que de vez en cuando paría una camada de gatos. Y yo no dejaba que se deshiciesen de ningún gatito.

El resultado es que era una casa muy alegre para mí, pero infernal para los mayores. Al final, como no aguantaban más a mis gatos, me

escondieron a la gata con su última camada.

Y me puse tan triste que enfermé con mucha fiebre.

Entonces me dieron un gato de tela para que jugara con él.

Y no le hice ni caso, porque estaba acostumbrada a gatos vivos.

La fiebre solo me bajó mucho tiempo después.

Bueno, vamos a cambiar de tema.

Antes de empezar, quiero que sepáis que mi nombre es Clarice. Y

vosotros ¿cómo os llamáis? Decidme bajito cuál es vuestro nombre, que mi corazón lo escucha.

Os pido que leáis esta historia hasta el final. Voy a contar algunas cosas: en mi casa hay animales naturales. Los animales naturales son aquellos a los que ni hemos invitado ni hemos comprado. Por ejemplo, nunca he invitado a una cucaracha a merendar conmigo.

En mi casa hay muchos animales naturales, menos ratones, gracias a Dios, porque me dan miedo y asco.

A casi todas las madres les dan miedo los ratones. A los padres no: incluso les gustan porque se divierten cazando y matando a esos animales que yo detesto. ¿Vosotros sentís lástima de los ratones?

Yo sí porque no son buenos animales para que los queramos y los acariciemos. ¿Vosotros acariciaríais a un ratón? Seguro que vosotros no tenéis miedo y para muchas cosas sois más valientes que yo.

Tengo un amigo que, cuando era niño, crio a un ratón blanco. Me dio tanto asco que solo le daré la mano a mi amigo cuando se me haya pasado el susto. Su ratón era en realidad una rata y se llamaba Maria de Fátima.

Maria de Fátima murió de una manera un poco horrible (digo «un poco horrible» porque en el fondo estoy muy contenta): un gato se la comió con la rapidez con la que nos comemos un sándwich.

Como iba diciendo, los animales naturales de mi casa no fueron invitados. Aparecieron así, de repente.

Por ejemplo: hay cucarachas. Y son cucarachas muy feas y muy viejas que no hacen bien a nadie. Al contrario, incluso me roen la ropa que

tengo en el armario.

¿Sabéis que libré una guerra terrible contra las cucarachas y que quien ganó fui yo?

Hice lo siguiente: le di dinero a un hombre que solo hacía eso en la vida: matar cucarachas.

Ese hombre hace una cosa que se llama fumigación. Esparce un remedio por toda la casa. El remedio tiene un olor muy fuerte pero no hace daño a las personas, sino que deja aturulladas a las cucarachas hasta que mueren.

Pero parece que una cucaracha, antes de morir, les contó en voz baja a las otras cucarachas que mi casa es un peligro para su especie, y así la noticia se difunde por el mundo de las cucarachas y ya no vuelven a mi casa.

Solo después de seis meses vuelven a tener valor para regresar, pero entonces llamo de nuevo al hombre del remedio, y ellas huyen otra vez.

La cucaracha es otro de los animales que me dan lástima. A nadie le gustan las cucarachas, y todos las quieren matar. A veces el padre del niño corre por toda la casa con una chancla en la mano, hasta que encuentra una y le pega con la chancla hasta que la mata. Me dan pena las cucarachas porque nadie quiere ser bueno con ellas. A ellas solo las quieren otras cucarachas.

No tengo la culpa: ¿quién les ha dicho que vengan? Han venido sin que las hayan invitado. Yo solo invito a los animales que me gustan. Y, claro está, invito a personas mayores y pequeñas.

¿Sabéis una cosa? Acabo de decidir que voy a invitar a niños y niñas para que me vengan a visitar a casa. Voy a ser tan feliz que le daré a cada niño una porción de pastel, una bebida bien sabrosa y un beso en la frente.

Otro animal natural que hay en la casa es… Adivinad.

¿Lo habéis adivinado? Si no lo habéis adivinado no pasa nada; os lo digo. Otro animal natural que hay en mi casa es una lagartija pequeña. Son graciosas y no le hacen mal a nadie. Al contrario: les encanta comer moscas y mosquitos, y así limpian toda la casa.

Yo no mato lagartijas, pero hay gente que las corta con las chanclas.

Eso tiene gracia: cada trozo suelto de la lagartija se queda en el suelo moviéndose y temblando sin parar. Es un misterio que los trozos se muevan antes de morir.

Lo que tampoco entiendo es el gusto horrible que tienen las lagartijas por moscas y mosquitos. Pero está claro: como no soy lagartija, no me gustan las cosas que a ellas les gustan, ni a ellas les gusta lo mismo que a mí.

Una vez cogimos un mosquito y lo miramos muy de cerca con una lupa. Y

no imagináis cómo es la cara de un mosquito. Es muy rara. No les tengo miedo ni a los mosquitos ni a las moscas, pero tanto los unos como las otras me molestan mucho.

La lagartija, que es una gran amiga mía, me ayuda con mucha alegría porque para ella un mosquito es como el postre. A nosotros, las personas, nos gusta el postre con coco, por ejemplo, pero a la lagartija parece que le da asco ese postre.

La lagartija no habla, no canta, no baila, no le gustamos porque les tiene miedo a las personas. La lagartija sería un peligro para nosotros si tuviese el tamaño de un caimán.

Ahora voy a hablar sobre animales invitados, igual que os he invitado a vosotros. A veces no es suficiente invitar: hay que comprar.

Por ejemplo, invité a dos conejos a vivir con nosotros y le di dinero a su dueño. Los conejos tienen una historia muy secreta, es decir, con muchos secretos.

Incluso he contado ya la historia de un conejo en un libro para personas pequeñas y mayores. Mi libro sobre conejos se llama así: *El misterio del conejo pensante*. Me gusta mucho escribir historias para niños y personas mayores. Me alegro mucho de que a los mayores y a los pequeños les guste lo que escribo.

Si a vosotros os gusta escribir o dibujar o bailar o cantar, hacedlo porque es fantástico: mientras jugamos ya no nos sentimos solos y nos volvemos más cariñosos.

Volviendo a los conejos, hay personas que comen conejos. Yo no puedo porque es como si me comiese a un amigo. Los dos conejos que teníamos en casa eran mis amigos.

También tuvimos en casa dos patos comprados que andaban todo el día detrás de nosotros con esa manera de andar tan graciosa, pensando que éramos su madre. Cuando esté con vosotros, voy a imitar el modo de andar de los patos.

Otro animal que piensa que somos su madre es cualquier polluelo. En ese aspecto los polluelos son iguales que nosotros: echan de menos el calor de la gallina madre. Algo bueno que podemos hacer por un polluelo que pía y llora de nostalgia es cogerlo en la mano y calentar su cuerpo. Cuando cogemos a los polluelos, sentimos su minúsculo corazón latiendo dentro de su tierno y cálido cuerpecito. Bajo las suaves plumas se notan los huesos finos de sus costillas. Los polluelos son siempre delgaditos. Y, lejos de la gallina, se mueren sin ton ni son. He comprado muchos polluelos y la mayoría ha muerto. Solo seguían viviendo los polluelos que tenían el alma más fuerte.

En cuanto a los perros, ya he tenido dos.

Con el primero pasó lo siguiente: yo estaba viviendo en un lugar que se llama Italia. Un día, mientras andaba por las calles de la ciudad, vi un perro callejero.

Los perros callejeros son tan inteligentes que el que yo vi notó enseguida que era buena con los animales y en aquel mismo instante se puso contento meneando el rabo.

Respecto a mí, en el momento en que lo miré me enamoré de su cara. A pesar de ser italiano, tenía cara de brasileño y cara de llamarse Dilermando.

Pagué a su dueña y me llevé a Dilermando a casa. Enseguida le di de comer.

Parecía tan feliz por que yo fuera su dueña que se pasó todo el día mirándome y meneando el rabo. Seguro que la otra dueña le pegaba, así que Dilermando estaba muy contento de cambiar de dueña.

Dilermando era casi tan inteligente como un niño de dos años. Se pasaba el día detrás de mí para no sentirse solo. Y, como comía tanto y comía de todo, enseguida engordó.

Se pasaba el día olisqueando cosas: los perros huelen las cosas para comprenderlas; no razonan mucho; se guían por el amor del corazón de los demás y del suyo propio.

Dilermando me quería tanto que casi enfermaba cuando olfateaba mi

olor de mujer-madre y el aroma del perfume que uso siempre. En francés el perfume se llama Vert et Blanc, es decir, «Verde y Blanco», y se lo inventó un hombre llamado Carven. Como veis, hay de todo en este mundo: mujeres que pegan a perros, otras que nunca pegan, hombres que ganan dinero matando cucarachas, hombres que hacen mezclas e inventan perfumes. Os

digo todo esto para que cuando crezcáis os acordéis de que hay mucho que hacer en la vida.

Bien, pero ¿y cómo olía Dilermando? Odiaba bañarse; pensaba que éramos malos cuando le obligábamos a hacer tal sacrificio. Como costaba mucho bañarle todos los días y como él huía de la bañera lleno de jabón, acabé por bañarle solo dos veces por semana. El resultado, claro está, es que tenía un olor muy fuerte a perro que yo olía enseguida, porque nosotros también tenemos olfato. ¿Vosotros también tenéis olfato? Apuesto a que sí porque, además de ser personas, también somos animales. El hombre es el animal más importante del mundo porque, además de sentir, el hombre piensa y decide y habla. Los animales también hablan sin palabras.

¿Sabéis por qué me tuve que separar de Dilermando?

Porque me tenía que ir de Italia e ir a un país llamado Suiza. Y, en este país, en los hoteles no dejan entrar a perros. Entonces escogí a una muchacha muy buena para que cuidase de él. Cuando me tuve que despedir de él, me puse tan triste que lloré. Y Dilermando también lloró.

Muchos años después estaba viviendo en otro país que se llama los Estados Unidos de América. Y compré un perro americano cuyo nombre era Jack. Ya no me acuerdo de qué raza era porque no hago distinciones: me gustan todas las razas humanas y animales.

Jack era de esos perros grandes que ladran todo el rato y vigilan la casa para no dejar entrar a los ladrones.

Jack solo hacía algunas cosas en esa vida tan disciplinada que llevaba: ladraba, comía, flirteaba, vigilaba la casa, dormía y jugaba con nosotros.

Llevaba una vida muy animada porque le gustaba todo lo que hacía. Igual que a mí, porque yo hago varias cosas en la vida y me gusta lo que hago.

Muchas cosas las hago sin que me gusten; solo por obligación. Jack

era menos inteligente que Dilermando, pero era un perro muy valiente. No le temía a nada.

¿Sabéis lo que pasó? Pasó lo siguiente: de noche Jack se quedaba en el jardín que había delante de casa y era tan arrogante que empezó a vigilar la calle entera, sin que nadie se lo pidiera. Cuando alguien pasaba por la calle, lejos de casa, Jack ladraba tanto que despertaba a todo el vecindario.

Hasta que una madrugada un vecino vino en pijama a nuestra casa y dijo que estaba cansado de no dormir y que, si Jack se quedaba con nosotros, le

pegaría un tiro.

El vecino estaba muy enfadado y vi que lo iba a matar de verdad. Para salvarle la vida a Jack, se lo dimos a una familia muy buena que vivía en un sitio donde Jack podía ladrar a gusto.

En la vida solo he tenido esos dos perros felices. Ahora voy a contar una historia de monos un poco alegre y un poco triste.

Imaginaos que había salido para hacer unas compras y cuando volví y entré en casa noté que estaba pasando algo raro. Estaban todos en la azotea y subí a ver qué era lo que había allí.

Creedme que nunca esperé que me fuera a encontrar aquello: un mono.

En realidad, era un tamarino tan grande y fuerte como si fuese una cría de gorila. Estaba muy agitado y nervioso porque aún no conocía bien la casa.

De puro nerviosismo, subió de repente por la ropa colgada en la cuerda, ensuciando la colada limpia. Desde ahí arriba gritaba como si fuera un marinero dando órdenes en un navío. Y tiraba cáscaras de plátano, aunque nos cayesen encima.

Pues ese tamarino enorme empezó a vivir con nosotros. Cada vez que yo pasaba por la zona de servicio se ponía tan contento que saltaba de un lado a otro, ensuciándolo todo.

Vosotros sabéis muy bien que los monos son los animales que más se parecen a las personas. Ese mono incluso parecía tener vida humana. Se parecía a un hombre loco. Como montaba un alboroto tan horrible en casa, decidí regalárselo a los niños del cerro, a quienes les encantan

los tamarinos. En casa todos se pusieron tristes y se enfadaron conmigo.

Pasó más de un año. Una tarde estaba andando por la calle para comprar los regalos de Navidad. Las calles estaban llenas de gente comprando regalos. En medio de aquel gentío, vi un grupo y me acerqué a mirar: era un hombre vendiendo varios tamarinos, vestidos como personas y muy graciosos. Pensé que en casa a todos les encantaría que mi regalo de Navidad fuese un pequeño tamarino. Escogí una hembra muy suave y bonita que era muy pequeña. Iba vestida con una falda roja y llevaba pendientes y collares de Bahía. Era muy delicada con nosotros, y dormía todo el rato.

La bautizamos con el nombre de Lisete. Lisete a veces parecía sonreír disculpándose por dormir tanto. Comer, casi no comía, y se quedaba quieta en su rinconcito.

Al quinto día empecé a pensar que Lisete no estaba bien de salud, pues no era normal que estuviese siempre tan quieta y callada.

Al sexto día casi doy un grito cuando me di cuenta: «Lisete se estaba muriendo». «Vamos a llevarla a un veterinario».

El veterinario es el médico que solo cuida animales.

Nos asustamos mucho porque queríamos mucho a Lisete y su carita de mujer. Ay, Dios mío, cuánto queríamos a Lisete y cuánto deseábamos que no muriese… Ya formaba parte de nuestra familia. Enrollé a Lisete en una toalla y nos fuimos corriendo en un taxi a un hospital de animales. Allí le pusieron inmediatamente una inyección para que no muriese de repente. La inyección fue tan buena que incluso pareció que se había curado del todo, porque de repente se puso tan contenta que saltaba de un lado a otro, soltaba aullidos de felicidad, hacía gestos de mono, estaba loca por agradarnos.

Descubrimos, entonces, que ella nos quería mucho y que no lo había demostrado antes porque estaba tan enferma que no tenía fuerzas.

Pero, cuando pasó el efecto de la inyección, de repente paró de nuevo y se quedó quieta y triste en mi mano. El médico dijo entonces una cosa horrible: que Lisete iba a morir.

Comprendimos entonces que Lisete ya estaba muy enferma cuando la compré. El médico dijo que no se debían comprar monos en la calle porque a veces están muy enfermos. Nosotros le preguntamos nerviosos:

—¿Y ahora? ¿Qué va a hacer usted?

Él respondió así:

—Voy a intentar salvarle la vida a Lisete, pero tiene que pasar la noche en el hospital.

Volvimos a casa con la toalla vacía y el corazón vacío también. Antes de dormir le pedí a Dios que salvara a Lisete.

Al día siguiente el veterinario telefoneó para avisarnos de que Lisete había muerto durante la noche. Comprendí entonces que Dios se la quiso llevar. Se me llenaron los ojos de lágrimas y tuve el valor de darles a los demás la noticia. Al final se lo dije, y todos se pusieron muy muy tristes.

De pura nostalgia, uno de mis hijos preguntó:

—¿Tú crees que Lisete llevaba puestos los pendientes y el collar cuando murió?

Le dije que estaba segura de que sí y que, incluso muerta, seguiría estando guapa.

También de pura nostalgia, mi otro hijo me miró y me dijo, con mucho cariño:

—Mamá, ¿sabes que te pareces mucho a Lisete?

Si creéis que me enfadé porque me parecía a Lisete, os equivocáis.

Primero, porque sí nos parecemos a los monos; segundo, porque Lisete era muy graciosa y muy hermosa.

—Gracias, hijo mío —fue lo que le dije y le di un beso en la cara.

Uno de estos días compraré un tamarino sano. Pero ¿olvidarme de Lisete? Nunca.

Bien, ahora descansad un poco porque os voy a contar una historia tan horrible que incluso parece una película de héroes y bandidos. Es una historia de amor y odio mezclados en un solo corazón.

¿Habéis descansado ya? Vale, entonces prestad ahora mucha atención porque esta historia de perros es muy horrible. No creáis que me invento estos relatos. Doy mi palabra de honor de que mis historias no son mentira: pasaron de verdad.

Venga, preparaos, que voy a empezar.

Un amigo mío llamado Roberto tenía un perro que se llamaba Bruno Barberini de Monteverdi. Es un nombre largo para un perro, pero era así como se llamaba. Cuando queríamos hablar con él solo le llamábamos Bruno, porque si no su nombre sería muy largo.

Bruno tenía un amigo, también perro, que vigilaba la casa de un vecino.

El amigo-perro de Bruno se llamaba Max.

Ellos eran tan amigos que se llamaban el uno al otro para invitarse a comer, y metían los dos hocicos en el mismo plato de comida. Está claro que ni Bruno ni Max hablaban; solo ladraban. Y se transmitían las invitaciones para que uno comiera en casa del otro de esta manera: ladrando un poquito, meneando el rabo, quedándose quietos uno frente al otro y andando de repente. Entonces uno de los perros entendía que tenía que seguir al otro para comer juntos.

Se me ha olvidado deciros que Bruno Barberini de Monteverdi sentía pasión por su dueño, Roberto. Y era muy fiel. Bruno no dejaba que nadie se acercara mucho a su dueño porque pensaba que lo iban a atacar. Todas las

noches esperaba despierto a que su dueño regresara y solo se iba a dormir cuando llegaba. Os estoy contando esto para que entendáis la tragedia que sucedió.

Un día, Max estaba comiendo en casa de Bruno cuando el dueño entró en la cocina. No se sabe por qué Max decidió acariciar al dueño de Bruno. Y

para acariciarle se acercó al dueño y se arrimó a su pierna.

Bruno se asustó durante un segundo: pensó que Max iba a atacar a Roberto y corrió a defenderlo.

Para defenderlo se lanzó encima de Max, que no tenía culpa de nada.

Pero Max, viéndose brutalmente atacado, reaccionó. Y el resultado fue una lucha sangrienta.

Max tenía más fuerza que Bruno. Bruno estaba siendo despedazado. Al final, Roberto consiguió separarlos.

Bruno estaba herido de gravedad y casi muerto. Su corazón casi no latía.

Roberto se llevó a Bruno deprisa al hospital de animales. Allí le pusieron una inyección para reanimar su corazón, que ya casi se había parado. Le trataron las heridas del cuerpo y de la cabeza, y Bruno se quedó muchos días en el hospital. Hasta que se puso bien y pudo volver a casa.

Ahora os pregunto: ¿qué hizo Bruno?

Bruno era tan valiente que, una vez curado de sus heridas, fue a atacar a Max.

Este le dio la paliza más grande que os podáis imaginar. Y en esa ocasión las heridas fueron tan graves que Bruno tenía las orejas totalmente desgarradas. Roberto lo llevó de nuevo al hospital, donde, esta vez, Bruno estuvo dos meses. Cuando se curó, volvió a casa.

Y ahora contestad: ¿qué creéis que hizo Bruno?

Habéis acertado. Bruno fue a vengarse y a atacar a Max.

Pero en esta ocasión tenía tanta, pero tanta rabia que su fuerza aumentó y se volvió diabólica.

Y Bruno, al final, mató a Max.

Sí, pero en el mundo de los perros es diferente. No hay policía a quien se puedan quejar. Y los perros resuelven entre ellos sus peleas, desempeñan el papel de juez y de policía, y muchas veces actúan como delincuentes armados. Los perros no se perdonan.

Lo que pasó es que los perros del vecindario se posicionaron contra Bruno y no le perdonaron la muerte horrible de Max.

Entonces, para vengarse, empezaron a acorralar a Bruno.

Bruno incluso tenía miedo de salir a la calle. Cuando salía, era muy desconfiado, miraba de un lado a otro.

Al final, viendo que no le pasaba nada malo, empezó a salir de nuevo tranquilamente. Y ese fue el gran error de Bruno.

Una tarde estaba paseando solo, lamentándose incluso de la muerte de Max, que era su único amigo. Le echaba muchísimo de menos. Un buen amigo no se encuentra todos los días. Los perros tienen el alma

muy grande, hasta nos entienden. El mundo de los perros está lleno de amor para dar, y ellos lo dan gratis. Bruno estaba muy triste y sentía la falta de aquel a quien había matado por amor a Roberto.

Aquella tarde tan triste, cuando no tenía ganas ni de olisquear las cosas, apareció de repente un perro en la esquina.

Y, de repente, en la otra esquina, otro perro. Y, después, salieron de las casas del vecindario tres perros.

Bruno se dio cuenta enseguida de que lo estaban acorralando varios perros enormes y fuertes. Bruno sabía que la ley de los perros es la venganza. Quiso huir, pero no podía romper el cerco. Los perros formaban una especie de círculo alrededor de Bruno.

Y el círculo se iba estrechando cada vez más. Hasta que los perros acabaron rodeando a Bruno junto a un árbol.

Entonces los perros atacaron de repente y todos a la vez a Bruno, haciendo ellos mismos justicia porque, como ya he dicho, en el mundo de los perros ellos mismos se encargan de ser jueces y policías. Eran cinco perros grandes contra Bruno. Bruno intentó defenderse, pero no tenía fuerza contra ellos.

Y pasó lo que era de esperar: lo peor. Los cinco perros castigaron a Bruno hasta que murió.

Y fue así como Bruno Barberini de Monteverdi se murió por siempre jamás.

¿Vosotros echáis de menos a Bruno? Yo también. La historia de la vida y la muerte de Bruno Barberini de Monteverdi es la historia de un gran amor.

Bruno quería tanto a Roberto que no permitía que ningún perro acariciase a su dueño o lo atacase.

También era grande el amor fraternal que unía a Bruno con Max. Pero su primer amor era para Roberto.

¿Os ha entristecido esta historia? Os voy a pedir una cosa: siempre que os sintáis solitarios, es decir, solos, buscad a alguien para conversar. Elegid a una persona mayor que se porte muy bien con los niños y que entienda que a veces un niño o una niña pueda estar sufriendo. A veces, por pura nostalgia, como los periquitos australianos. Conozco a una chica que toca el piano muy bien en los

teatros. A esta chica le regalaron el día de su cumpleaños un periquito australiano. Le regalaron solo una hembra. Lo peor es que la gente que regala periquitos australianos tiene que comprar dos, un macho y una hembra, pues, debido a su raza, son tan amorosos que se pasan el día besándose y no se pueden separar. La periquita incluso enfermó por echar tanto de menos a su macho.

Bueno, después de contar una historia un poco triste sobre la nostalgia de la periquita, quiero alegrarme y alegraros con otra historia.

Os hablaré de algo muy bueno: de una isla.

¿Os gustaría tener una isla solo para cada uno de vosotros y para vuestros amigos? A mí me gustaría mucho y no la tengo.

Pero una amiga mía se compró una isla solo para su descanso y el de sus amigos. ¿Vosotros sabéis bien lo que es una isla?

Es un trozo de tierra rodeado de agua por todos los lados.

Lo que me gustaría es que vinierais conmigo a visitar la isla de mi amiga. Podríais bañaros en el mar, cazar animales, y por las noches dormiríais en una hamaca. No tendríais miedo porque yo dormiría en la misma habitación y protegería a cada niño y a cada niña.

En el mar de esta isla hay de todo; todas las especies de peces. Hasta hay caballitos de mar. Ver nadar a un caballito de mar es muy bonito: parecen hombres y mujeres bailando despacio.

La isla está un poco encantada.

¿Por qué? Por el aire siempre nuevo, por la paja que parece cantar al viento, por la ciudad de las mariposas.

Mi amiga y un grupo de amigos suyos estaban explorando la isla, cuando, en mitad de un campo de bambúes, encontraron la ciudad de las mariposas.

Ellas viven en ese claro, vuelan alto, vuelan bajo, vuelan a nuestro alrededor. Pequeñas, grandes, azules, amarillas y de todos los colores.

Parecía un *ballet* de mariposas en aquel silencio que solo existe en una isla.

El silencio de las islas es un silencio diferente: lo atraviesan los sonidos característicos de los habitantes animales y vegetales. Si

cogemos una planta con cuidado, sus hojas parecen cantar. Y nos hablan. ¿Qué nos dicen?

Depende de si estamos tristes o alegres, con hambre de belleza y de conversación.

Mi amiga se compró la isla para que allí viviesen durante algún tiempo los niños que estuviesen un poco tristes y que todavía no hubieran conversado ni con plantas ni con animales. Un caballito de mar recibió a mi amiga con un baño en el mar.

El fondo del mar es azul y de todos los colores por los erizos de color y las estrellas de mar y por las algas que se mueven dando ese colorido ondulante.

¿Pensáis que me lo estoy inventando?

Pero, si os juro por Dios que todo lo que estoy contando en este libro es verdad, ¿me creeréis? Pues os juro por Dios que todo lo que he contado es la pura verdad y que realmente ha sucedido. Yo respeto a los niños y a las niñas y por eso no les engaño.

Bueno, gracias por haber creído en mí. No me gusta pasar por mentirosa.

Además de los bancos de peces pequeños y grandes, en el mar de la isla también hay bancos de botos o delfines rosados: son como ballenas pequeñas.

Los animales terrestres que hay son pájaros de todos los colores y tamaños. También hay en la isla muchas serpientes y muchos lagartos. La casa de la isla tiene las puertas y las ventanas cerradas contra los mosquitos, lagartos y serpientes. También hay manadas de tapires.

La isla es tan grande que su dueña aún no la conoce del todo. Y hay una parte salvaje que nunca se ha explorado.

La parte encantada son los juegos de mar por la noche: desde la pesca a la luz de las linternas hasta el baño iluminado por la fosforescencia de las plantas marinas. Pedidles a las personas mayores que os cuenten lo que es la fosforescencia.

Las frutas son la yaca, el anacardo, la guanábana y la banana. Y de los altísimos cocoteros caen un montón de cocos, incluso nos caen encima si no tenemos cuidado. Hay también guayabas de las blancas y de las rojas, y pitangas de color escarlata.

El agua potable se canalizó a través de los bambúes enormes de la isla.

Es una isla tan encantada que me daría miedo quedarme sola por la noche en mi hamaca. En esta isla hay todas las especies de árboles, plantas, frutas y flores.

Vivir en una isla para siempre es muy triste porque no queremos separarnos de nuestra familia y amigos. Pero no tenemos por qué vivir allí.

Es suficiente con pasar en ella el sábado y el domingo.

Bueno, vamos a dejar la isla en paz y a volver a los animales. Tengo una amiga que tiene un perro que ladra tanto y tan fuerte que hasta me dan ganas de ladrarle yo a él.

Me ofende mucho que un animal me tenga miedo, pues soy valiente y protejo a los animales. Si alguno de vosotros tuviera miedo, yo lo cuidaría y consolaría. Porque sé el miedo que sienten los niños porque yo también he sido niña. Hoy en día sigo teniendo miedo de ciertas cosas.

Otra amiga mía tenía una perrita llamada Bolinha. Ella era muy normal, más normal que muchos humanos y que muchos perros. Era una madre perfecta. Cuidaba sola de sus hijos y les lamía en vez de bañarles. Cuando mi amiga se acercaba, la perra empujaba a sus hijos con el hocico para presentárselos. Bolinha enseñó a sus hijos a correr y saltar.

Era muy sensible y un poco nerviosa. Ella sabía muy bien cómo eran las personas. Cuando las personas estaban enfadadas, o ella hacía algo mal, se quedaba junto a la pared mirando torpemente.

No tengo historias que contar sobre caballos, y es una pena porque los caballos son animales de gran belleza.

Bien, ha llegado la hora de hablar de mi crimen: he matado a dos pececillos. Juro que no ha sido aposta. Juro que no ha sido culpa mía. Si hubiese sido mi culpa, lo diría.

Mi hijo se fue de viaje durante un mes y me pidió que cuidara de dos pececillos rojos de un acuario.

Pero era mucho tiempo para que me dejasen los peces. No es que uno no se pueda fiar de mí. Pero es que estoy muy ocupada porque también escribo

historias para las personas mayores.

Y, de la misma manera que una madre o una sirvienta se olvidan de la sartén en el fuego, y, cuando van a ver, ya se ha quemado la comida, yo también estaba ocupada escribiendo historias. Y lo que hice fue parecido a olvidarme de la comida en el fuego y dejar que se quemara: me olvidé de alimentar a los peces durante tres días. Encima a esos peces que eran tan comilones, pobrecitos.

Además de alimentarlos, también tenía que cambiar el agua del acuario, para que nadaran en agua limpia.

Y la comida no podía ser cualquier cosa: tenía que comprarla en tiendas especiales. La comida parecía un polvo horrible, pero debía de ser muy sabroso porque los peces se lo comían todo.

Deben de haber pasado hambre, como nosotros. Pero nosotros hablamos y nos quejamos, el perro ladra, el gato maúlla, todos los animales hablan con sonidos. En cambio, los peces son mudos como los árboles y no tenían voz para quejarse y llamarme. Y cuando los fui a ver estaban quietos, flacos, colorados y, desgraciadamente, ya habían muerto de hambre.

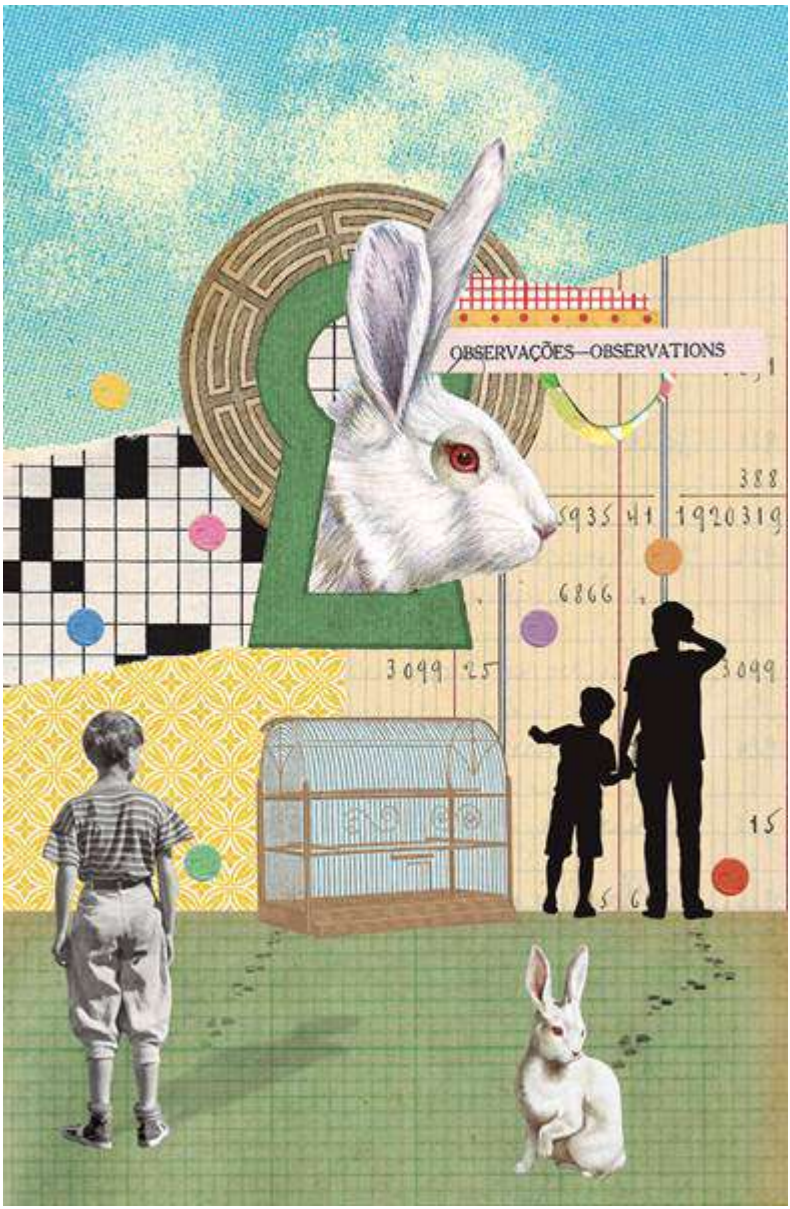
¿Os habéis enfadado mucho conmigo por lo que he hecho? Entonces, perdonadme. Yo también me enfadé mucho por haber sido tan distraída. Pero ya era tarde para sentirme apenada.

Os pido, por favor, que me perdonéis. De ahora en adelante, no me voy a distraer más.

¿Me perdonáis?

EL MISTERIO DEL CONEJO

PENSANTE



Esta historia solo es buena para los niños que simpatizan con los conejos. La escribí como respuesta a la petición-orden de Paulo, cuando él era niño y todavía no había descubierto simpatías más fuertes. *El misterio del conejo pensante* es también mi discreto homenaje a dos conejos que pertenecieron a Pedro y Paulo, mis hijos. Conejos

que nos dieron muchos dolores de cabeza y muchas sorpresas mágicas. Como la historia fue escrita para exclusivo uso doméstico, dejé todas las aclaraciones para las explicaciones orales.

Pido disculpas a padres y madres, tíos y tías, abuelos y abuelas, por la contribución forzosa que estarán obligados a dar. Pero, por lo menos, puedo asegurar, por propia experiencia, que la parte oral de esta historia es lo mejor que tiene. Conversar sobre los conejos está muy bien. Es más, este misterio es más una conversación íntima que una historia. De ahí que sea mucho más extensa que su aparente número de páginas. En realidad, solo acaba cuando el niño descubre otros misterios.

C. L

Mira, Paulo, no te puedes imaginar lo que pasó con este conejo.

Si crees que el conejo hablaba, estás equivocado. No dijo una sola palabra en su vida. Si crees que era diferente a los demás conejos, estás equivocado. A decir verdad, no era más que un conejo. Lo máximo que se puede decir es que se trataba de un conejo muy blanco.

Por todo ello nadie se imaginó nunca que pudiese tener algunas ideas.

Mira: yo ni siquiera he dicho «muchas ideas», solo he dicho «algunas». Pues fíjate, ni de algunas le creían capaz.

Lo que tenía de especial aquel conejo era también especial en todos los conejos del mundo. Y es que él pensaba esas ideas suyas con la nariz. La manera de pensar sus ideas era moviendo bien deprisa la nariz. Tanto fruncía

y desfruncía la nariz que se le volvió rosa. Quien le mirase podría creer que pensaba sin parar. No es verdad. Solo su nariz era rápida; la cabeza, no. Y

para poder olfatear una sola idea tenía que fruncir quince mil veces la nariz.

Pues bien, un día la nariz de Joãozinho —así es como se llamaba el conejo—, un día la nariz de Joãozinho consiguió husmear una cosa tan maravillosa que se quedó pasmado. De pura alegría su corazón empezó a latir tan deprisa como si se hubiese tragado muchas

mariposas. Joãozinho se dijo a sí mismo:

—¡Caramba!, no soy más que un conejo blanco, pero acabo de oler una idea tan buena que incluso parece la idea de un niño.

Y quedó encantado. La idea que había olido era tan buena como el olor de una zanahoria fresca.

Joãozinho comenzó entonces a trabajar en esa idea. Y para ello tuvo que mover tanto la nariz que aquella vez su nariz casi enrojeció. Los conejos tienen mucha dificultad para pensar, porque nadie cree que piensen. Y nadie espera que piensen. Tanto es así que la naturaleza de los conejos ya se ha acostumbrado a no pensar. Hoy en día todos ellos ya se han conformado y son felices. Su naturaleza es muy feliz: siempre que sean amados, no les importa ser un poco tontos.

Me da a mí que no sabes bien lo que quiere decir «naturaleza de conejos».

La naturaleza de los conejos es el modo en el que se hacen los conejos.

Por ejemplo: su naturaleza da más hijitos que la naturaleza de las personas.

Por eso son un poco tontos para pensar, pero no son nada tontos cuando se trata de tener hijitos. Mientras un padre y una madre tienen lentamente un único hijo-persona, los conejos van teniendo muchos, así, como quien no quiere la cosa. Y muy deprisa, tal y como fruncen y desfruncen la nariz.

La naturaleza de los conejos es también el modo en el que adivinan las cosas que les hacen bien, sin que nadie les haya enseñado.

La naturaleza de los conejos es también el modo en el que se organizan la vida.

Como iba diciendo, Joãozinho empezó a trabajar en esa idea. La idea era la siguiente: escapar de su jaula cada vez que no hubiese comida en la jaula.

Quizá estés decepcionado, Paulinho. Quizá esperases otro tipo de idea, tú, que tienes tantas. Pero resulta que esta historia es una historia real. Y

todo el mundo sabe que esa idea es exactamente el tipo de idea que un conejo es capaz de olfatear. Pues su naturaleza solo es inteligente para

las cosas que él necesita.

Como iba diciendo, Joãozinho tuvo la idea de huir cada vez que faltase comida en la jaula.

Pero el problema era el siguiente: ¿cómo iba a poder salir de allí dentro?

La jaula tenía unas rejillas muy estrechas, y Joãozinho, además de blanco, era gordo. Está claro que no podía pasar por la rejilla. El único modo de abrir la jaula era levantando la tapa. Y la tapa, Paulo, era de hierro pesado. Solo las personas sabían cómo levantarla.

Durante dos días Joãozinho frunció y desfrunció la nariz miles de veces para ver si olía la solución. Y finalmente la idea apareció.

Aquella vez, Paulo, tuvo una idea tan buena que ni siquiera un niño, que tiene ideas geniales, se la puede imaginar.

La idea fue la siguiente: descubrió cómo salir de la jaula. Y fue pensarlo y ya estaba hecho. De repente, los dueños del conejo vieron al conejo en la acera, gritaron, corrieron detrás de él, llamaron a otros niños de la calle y todos juntos rodearon a Joãozinho y finalmente pudieron atraparlo de nuevo.

Supongo que estás esperando a que te diga ahora cómo se las apañó para salir de allí.

Pero ahí es donde está el misterio: ¡no lo sé!

Y los niños tampoco lo sabían. Porque, como ya te he dicho, la tapa era de hierro pesado. ¿Por los barrotes? ¡No! Recuerda que Joãozinho era gordo, y la rejilla, estrecha.

Mientras tanto, los niños, que no son de naturaleza tonta, se fueron dando cuenta de que el conejo blanco solo huía cuando no había comida en la jaula.

De modo que nunca más se olvidaron de llenar su plato.

Y la vida, para aquel conejo blanco, pasó a ser muy buena. Comida era lo que no le faltaba.

Pero, Paulo, sucede que Joãozinho, que ya había huido algunas veces, le cogió gusto.

Y empezó a huir sin motivo ninguno; solo por gusto. Comida, incluso

sobraba. Pero él echaba muchísimo de menos huir. Tú entiendes que los niños no necesitan huir porque no viven entre rejas.

Claro está que el corazón de Joãozinho latía como un loco cuando huía.

Pero forma parte de ser conejo tener el corazón muy asustadizo. Así como forma parte de la naturaleza del conejo husmear ideas con la nariz.

Poco a poco la vida de Joãozinho empezó a ser esta: comer bien y huir, y siempre con el corazón latiendo. Un plan genial. Él huía, los niños lo cogían, él tenía comida, él era muy feliz. Era tan feliz que a veces su nariz se movía tan deprisa como si estuviese oliendo el mundo entero.

Por cierto, quiero recordarte que el mundo huele mucho más para un conejo que para nosotros. La nariz de los conejos es más valiosa para ellos que nuestra nariz para nosotros, las personas. ¿No te has dado cuenta de que parece que la nariz de los conejos siempre está recibiendo y mandando telegramas urgentes? Es porque ellos entienden las cosas por la nariz. Esto no quiere decir que la naturaleza de los conejos sea mejor que la nuestra.

Cada naturaleza tiene sus ventajas.

Te voy a decir cómo está hecho el mundo. Mira: cuando se tiene la naturaleza de los conejos, lo mejor del mundo es ser conejo, pero, cuando se tiene la naturaleza de las personas, no se quiere otra vida.

¿Tú crees, Paulo, que los dueños de Joãozinho se enfadaban con él? Se enfadaban, sí. Pero se enfadaban como un padre o una madre se enfadan con sus hijos: se enfadaban sin dejar de quererle. Y mucho más con aquel conejo, que no hacía falta ser su familia para quererlo. Te voy a contar: Joãozinho tenía cara de boboncio y era bonito. Hasta te entraban ganas de apretarlo un poco. No mucho, porque Joãozinho se asustaba enseguida. Los conejos son como los pajarillos: se asustan con el cariño demasiado fuerte; no saben si es por amor o por rabia. Tenemos que ir despacio para que el conejo se vaya acostumbrando, hasta que confíe en nosotros.

¿Qué crees que hacía Joãozinho cuando huía?

A veces creo que huía para ver a su novia. La novia era una coneja muy antipática y muy caprichosa, que se pasaba la vida diciéndole a Joãozinho:

—Si no me vienes a ver, me olvidaré de ti.

Era mentira, porque ella adoraba a su conejo, pero con esta artimaña era como la coneja se organizaba su vida. No le decía esto a Joãozinho por maldad, pero la naturaleza de las conejas es así. Y la manera de querer de las conejas es una manera hábil. Es más, casi toda la naturaleza de las novias se parece un poco.

Creo también que Joãozinho huía porque cada vez tenía más hijitos y quería ir a hacerles carantoñas a sus hijitos. Todos sus hijitos eran gordos, pequeños y tontos, y todos tenían la naturaleza de los conejos. Mira, Paulinho, si para las personas es bueno querer a los conejos, imagina entonces lo genial que es querer a un conejo cuando eres su padre o su madre. Entonces ya ni hablamos.

A veces Joãozinho también huía solo porque quería ver cosas, ya que nadie lo sacaba a pasear. En esos momentos era cuando se volvía un conejo pensante. Fue mirando cosas cuando su nariz adivinó, por ejemplo, que la Tierra era redonda.

Solo hay dos maneras de descubrir que la Tierra es redonda: bien estudiando en los libros, bien siendo feliz. Un conejo feliz sabe unas cuantas cosas.

Otra cosa que la nariz del conejo descubrió es que las nubes se mueven lentamente y a veces forman conejos en el cielo. En sus escapadas también descubrió que hay cosas buenas de olfatear pero que no son para comer. Y

fue entonces cuando descubrió que apreciar es casi tan bueno como comer.

Bien, Paulo, pero yo sigo preguntándote lo siguiente: ¿cómo salía el conejo blanco por la rejilla?

Paulinho, esta es una verdadera historia de misterio. Es una historia tan misteriosa que hasta hoy no he encontrado a un solo niño que me diese una buena respuesta. Es verdad que ni siquiera yo, que estoy contando la historia, conozco la respuesta. Lo que sí te puedo asegurar es que no estoy mintiendo: Joãozinho huía de verdad.

Me has pedido que descubra el misterio de la fuga del conejo. He intentado descubrirlo de la siguiente manera: frunciendo mi nariz muy deprisa, solo para ver si puedo pensar lo que un conejo piensa cuando frunce la nariz.

Pero tú sabes muy bien lo que ha ocurrido. Cuando frunzo la nariz, en vez de tener una idea, lo que me pasa es que me entran unas ganas locas de comer zanahorias. Y esto, claro está, no explica cómo Joãozinho husmeó la manera de escapar por la rejilla.

Si quieres adivinar el misterio, Paulinho, prueba tú mismo a fruncir la nariz para ver si funciona. Puede que descubras la solución porque los niños y las niñas saben más de conejos que los padres y las madres. Cuando lo

descubras, cuéntamelo. Yo no voy a fruncir más mi nariz porque ya estoy cansada, cariño, de comer solo zanahorias.

Clarice Lispector amaba a los animales. Le gustaban profundamente casi todos, excepto dos: no le hacían mucha gracia los ratones y sentía —en sus propias palabras— un «arcaico pavor por las cucarachas», rasgo que inspiró un pasaje célebre de su obra *La pasión según G. H.* , considerado uno de los libros fundamentales de la literatura universal.

Una cosa es cierta: adoraba a los conejos. Tanto es así que les regaló uno a sus hijos, Pedro y Paulo, cuando la familia vivía en Washington. A pesar de ser estadounidense, el conejo tenía un nombre brasileño: Joãozinho.

Era un conejo tan travieso y listo que acabó inspirando el cuento que acabas de leer. Y lo mejor de la historia es que hubo un misterio relacionado con Joãozinho. Solo que nadie lo ha podido descifrar hasta hoy, ni siquiera la propia autora…

LA VIDA ÍNTIMA DE LAURA

Para Nicole Algrante.

Para Andréa Azulay.

Para Alexandre Dines.

Para Fátima Froldi.

Para Fabiana Colasanti de Sant'Anna

Te voy a explicar enseguida lo que quiere decir «vida íntima». Mira: vida íntima quiere decir que nosotros no le tenemos que contar a todo el mundo lo que pasa en nuestra casa.

Son cosas que no se le cuentan a cualquier persona.

Pues yo voy a contar la vida íntima de Laura.

Adivina ahora quién es Laura.

Te doy un beso en la frente si lo aciertas. ¡Y no creo que lo hagas! Te doy tres intentos.

¿A que es difícil?

Laura es una gallina.

Y una gallina muy simple.

Te pido, por favor, que Laura te caiga bien desde el principio porque es la gallina más simpática que conozco. Vive en el patio de doña Luísa con las otras aves. Está casada con un gallo que se llama Luís. Luís quiere mucho a Laura, aunque a veces se pelee con ella. Pero son peleíllas sin importancia.

Creo que voy a tener que decir una verdad. La verdad es que Laura tiene el pescuezo más feo del mundo. Pero a ti no te importa, ¿a que no? Porque lo que importa de verdad es ser bonito por dentro. ¿Tú eres bonito por dentro?

Apuesto a que sí. ¿Cómo lo sé? Porque lo estoy adivinando.

Otra verdad: Laura es bastante tonta. Hay gente que la encuentra tontísima, pero esto también es una exageración: quien conoce bien a Laura sabe que ella tiene sus pequeños pensamientos y sus pequeños sentimientos.

No muchos, pero tener, los tiene. Como sabe que no es totalmente tonta se pone a fanfarronear y a decir bobadas. Ella piensa que piensa. Pero en general no piensa en nada de nada.

Luís se pasa el día entero paseando por el patio entre las gallinas, con el pecho henchido de vanidad. Porque él piensa que, como sabe cantar de madrugada, manda en la luna y en el sol.

Laura no deja que casi nadie la acaricie. Porque tiene un miedo horrible de las personas. Si alguien se le acerca, si no es para darle maíz, huye con

gran alboroto, cacareando como una loca. Laura cacarea así: ¡no me matéis!

¡No me matéis!

Pero nadie tiene intención de matarla porque es la gallina que más huevos pone de todo el gallinero, incluso de los alrededores.

Laura vive con mucha prisa. ¿Por qué tanta prisa, Laura? Si no tiene nada que hacer. Esta prisa es una de las bobadas de Laura. Pero ella es modesta: le basta con cacarear una cháchara sin fin con las demás gallinas. Las demás se parecen mucho a ella: también son medio pelirrojas, medio marrones.

Solo hay una gallina diferente: una brahma carijó llena de adornos blancos y negros. Pero ellas no la desprecian porque sea de otra raza. Incluso parece que ellas saben que para Dios no existen esas tonterías de razas mejores o peores.

Sé que nunca has visto a Laura. Pero, si has visto alguna vez a una gallina medio marrón, medio pelirroja y con el pescuezo muy feo, es como si estuvieras viendo a Laura.

Siempre va a existir una gallina como Laura y siempre va a haber un niño como tú, ¿no es genial? Así nunca nos sentimos solos.

Lástima que Laura no quiera a nadie. Ella casi no tiene sentimientos, como he dicho. La mayoría de las veces tiene los mismos sentimientos que debe de tener una caja de zapatos.

¿Por qué se pasará Laura todo el día picoteando la tierra y buscando comida? No puede ser que tenga tanta hambre, pues la cocinera le da mucho maíz. Voy a contar un secreto de Laura: come por pura manía. ¡Come cada porquería! Pero tampoco es tan tonta. Por ejemplo: no come trozos de cristal. Astuta, ¿eh?

Un día sintió que iba a ser madre de nuevo. Le cacareó deprisa la novedad a Luís. Parecía que Luís iba a reventar de tanta vanidad por ser padre de nuevo. Bien sé que todos los huevos nacen. Pero este iba a ser una belleza. Era un huevo muy especial.

Hasta que una noche Laura sintió que el huevo estaba listo para nacer.

¿Cómo lo pudo sentir? Lo siento, no lo sé, porque nunca he sido gallina en mi vida. Laura incluso estaba durmiendo y se despertó al sentir que el huevo nacía de ella.

¡Viva mi hijo! Esto fue lo que Luís cantó. Aunque fuese medianoche, la noticia era como si brillase el sol. En el gallinero brillaba el lindo

huevo

blanco. Laura, muy satisfecha, se frotó las plumas con el pico para alisarlas, igual que las personas se peinan el pelo. Porque es muy vanidosa y le gusta mucho ir bien arreglada.

Después de haberse peinado, vio que estaba lista para sentarse encima del huevo y calentarlo hasta que naciera el polluelo. Todo estaba tan bien que no lo sé ni contar.

Laura recibió la visita de sus amiguitas, que cacareaban y le trajeron gusanos de regalo, pues ella no se podía levantar del huevo.

También recibió la visita de doña Luísa. Como regalo, doña Luísa le llevó un cuenco de maíz fresco y amarillo.

Cuando el polluelo estuvo preparado, y ya era demasiado grande como para caber en la cáscara, él mismo la rompió de dentro afuera con el pico.

Una vez fuera de la cáscara, apareció esa cosa fea y delgaducha.

Pero al día siguiente se convirtió en el polluelo más amarillo y más amoroso del mundo, y empezó a correr hermoso detrás de su madre. Laura cogía gusanos y los soltaba dentro del pico abierto del polluelo. Hasta que fue creciendo y se convirtió en un pollo y él solo se buscaba la comida para comer. Ya se le había pegado la manía de Laura: comía sin parar. Laura estaba satisfecha como una reina.

El pollo se llamaba Hermany.

Una bonita noche… ¡de bonita, nada! Porque fue horrible. Un ladrón de gallinas intentó robar a Laura en la oscuridad del patio. Pero Laura montó un escándalo tal que alteró a todas las gallinas, que empezaron a cacarear. Y el gallo empezó a cantar.

Doña Luísa encendió las luces de toda la casa, encendió las luces del patio y el ladrón tuvo tanto miedo que huyó. Dicen que todavía está corriendo.

Otra cosa terrible para Laura fue que doña Luísa se la prestó a un patio vecino. Porque ponía muchos huevos y se la pidieron prestada por un tiempo.

Por eso Laura se vio entre gallinas desconocidas y sin Luís.

Después, todo fue a mejor porque empezó a hacer amigas entre las gallinas y puso una gran cantidad de huevos.

Volvió entonces a su verdadero patio. Luís se puso muy contento. Este gallo, como ya he dicho, era muy vanidoso. Se enorgullecía de estar casado con Laura, se enorgullecía de cantar muy alto, muy ronco y muy estridente, en cuanto el sol daba señales de querer nacer. Él era el primer gallo de los alrededores en cantar.

Cuando yo era como tú, pasaba horas y horas mirando a las gallinas. No sé por qué. Conozco tanto a las gallinas que podría contar cosas de ellas sin parar.

Voy a contar algo que es medio asqueroso de contar. Es lo siguiente:

¿sabes que las gallinas tienen un olor un poco raro? Parece un olor a cesto de ropa sucia o como cuando las personas no se bañan todos los días. No huele a limpio, no.

Y debajo de las alas hay un hedor… Pero no pasa nada. Todas las cosas huelen a algo, ¿no? ¿Tú hueles bien? A los perros sí que les gusta vivir olfateándolo todo. Lo que me gustaría saber es quién le enseñó al gallo a cantar de madrugada. Hay gente que aprovecha su canto como despertador para levantarse.

Me encantaría que Laura supiera hablar. Habría que ver la cantidad de tonterías graciosas que diría. Por ejemplo, diría: «¿Sabes que una cosa roja es roja?», y tú responderías: «Claro que sí, puesto que lo estás diciendo».

Quizá podría explicar a qué saben los gusanos. Pero no es fácil explicar el sabor que se tiene en la boca. Por ejemplo: intenta explicar el sabor del chocolate. ¿A que es difícil? Es solo sabor a chocolate.

¿Sabes que a Dios le gustan las gallinas? ¿Y sabes por qué sé que le gustan? Por lo siguiente: si no le gustasen las gallinas, simplemente no habría creado gallinas en este mundo. A Dios también le gustas tú; si no, no te habría creado. Pero ¿por qué crea ratones? No sé.

Laura no le da besos a nadie. Creo que le da algunos picotazos medio torpes a Hermany. Es más, creo que nunca he visto a nadie tan torpe como esta gallina. Todo lo que hace está medio mal. Menos comer. Y también, claro está, pone huevos muy bien.

Hay una manera de comer gallinas que se llama «gallina a la salsa parda». ¿Ya la has probado? La salsa se hace con la sangre de la

gallina.

Pero es inútil comprar una gallina muerta: tiene que estar viva y hay que matarla en casa para aprovechar la sangre. Y yo esto no lo hago. Nada de

matar gallinas. Pero que es una comida sabrosa, sí lo es. Nosotros nos la comemos con arroz bien blanco y bien suelto.

Hay otra comida de gallina que se llama suprema de pollo. Me da hasta hambre. Yo sé dónde se come este tipo de gallina. Pero no lo digo porque parece publicidad. Tampoco puedo, por el mismo motivo, decir el nombre del refresco que le va bien a esa gallina. ¡Adivina! Empieza por «C».

Es curioso que nos gusten las gallinas vivas, pero también que nos guste comer gallina a la salsa parda. Porque las personas somos medio raritas.

Yo solo quiero saber lo siguiente: ¿hace cuánto tiempo que existen las gallinas en la tierra? Respóndeme tú porque yo no lo sé.

Voy a contar ahora una cosa un poco triste.

Señalando a Laura, la cocinera le dijo a doña Luísa:

—Esta gallina ya no está poniendo tantos huevos y se está haciendo vieja. Antes de que coja alguna enfermedad o se muera de vieja, bien la podíamos hacer en salsa parda.

—Yo a esta gallina no la voy a matar nunca —dijo doña Luísa.

Laura lo escuchó todo y sintió miedo. Si pensara, pensaría así: es mucho mejor morir siendo útil y sabrosa para la gente que siempre me ha tratado bien. Esta gente, por ejemplo, no me ha matado ni una sola vez. (La gallina es tan tonta que no sabe que solo se muere una vez. Piensa que todos los días morimos una vez).

Además, Laura estaría sintiendo, si sintiera, que doña Luísa no se la iría a comer nunca. Le gustaba mucho vivir. Entonces metió el pico en el barro, se ensució toda entera y se despeinó. ¿Ves como Laura tampoco era tan tonta? Sabía que los demás solo la reconocían porque era la más limpia y la mejor peinada del gallinero. Cuando apareció la cocinera, Laura tuvo miedo, pero se tranquilizó con la bondad y el amor de doña Luísa. La cocinera cogió una gallina llamada Zeferina, medio pelirroja, medio marrón, que se parecía mucho a Laura.

A la hora de la cena, cuando todos estaban sentados alrededor de la mesa, Zeferina, prima en cuarto grado de Laura, apareció en una gran fuente de plata, cortada en trozos, algunos bien doraditos. El hijo y la hija de doña Luísa, Lucinda y Carlinhos, aunque con pena, se comieron a Zeferina con arroz blanco y suelto y lo regaron todo con la salsa parda.

Ahora voy a contar algo muy interesante. Antes, os tengo que decir que Laura era una gallina muy moderna. Tanto que un habitante de Júpiter —un tipo que tenía un solo ojo en la frente y era del mismo tamaño que una gallina

—, ese habitante de Júpiter, bajó por la noche al patio de doña Luísa, mientras todas las gallinas estaban durmiendo.

El habitante-enano se llamaba Xext y enseguida fue a despertar a Laura.

Laura ni siquiera se asustó. Le dijo:

—Hola, criatura. ¿Cómo te llamas?

—Xext —le respondió.

—Muy bien —dijo Laura.

Y le preguntó:

—¿Quieres que le pida a Luís que cante tu llegada?

—No —dijo Xext—, porque si no va a despertar a todo el mundo. Y no es necesario porque las personas no creen en mí. Piensan que soy un fantasma.

—¿Por qué me has escogido para presentarte?

—Porque no eres ignorante.

Xext se pronuncia [Ekzekte]. Es difícil, lo sé. Sería más fácil si se llamará José o Zequinha.

Xext le preguntó a Laura cómo eran los humanos por dentro.

—Ah —cacareó Laura—, los humanos son muy complicados por dentro.

Incluso se sienten obligados a mentir, imagínate.

—Pídeme alguna cosa, que la haré realidad —dijo Xext.

—Ah —dijo Laura—, si mi destino es ser comida, ¡querría ser comida por Pelé!

—Pero si nunca vas a ser comida y nadie te va a matar. Porque no lo voy a permitir. Y ahora me marcho, mi madre me está esperando. Se llama Xexta.

—Adiós —dijo Laura.

—Chao —respondió Xext y desapareció.

Qué bien que te proteja un habitante de Júpiter, pensó Laura, y al día siguiente la cocinera le dijo a doña Luísa.

—Laura tiene cara de ayer.

«Cara de ayer» significa cara de haber dormido mal.

Aquí termina la historia de Laura y sus aventuras. A fin de cuentas, Laura tiene una vida muy interesante.

Si conoces alguna historia de gallinas, la quiero conocer. O invéntate alguna muy buena y cuéntamela.

Laura está muy viva.

CASI DE VERDAD

Había una vez… Había una vez: ¡yo!

Pero apuesto a que no sabes quién soy yo. Prepárate para una sorpresa que ni te imaginas.

¿Sabes quién soy yo? Soy un perro llamado Ulisses y mi dueña es

Clarice. Yo le ladro a Clarice y ella, que entiende el significado de mis ladridos, escribe lo que le cuento. Por ejemplo, me fui de viaje al corral de otra casa y le conté a Clarice una historia bien ladrada. Dentro de poco la conocerás: es el resultado de una observación mía sobre esa casa.

Antes de nada, me quiero presentar mejor. Dicen que soy muy bonito y astuto. Bonito, parece que lo soy. Tengo un pelo castaño color guaraná. Pero sobre todo tengo unos ojos que todos admiran: son dorados. Mi dueña no me quiso cortar el rabo porque cree que cortarlo iría contra la naturaleza.

Me dicen: «Ulisses tiene mirada de persona». Me encanta tumbarme de espaldas para que me rasquen la barriga. Pero solo soy astuto a la hora de ladrar palabras.

Soy un poco maleducado, no obedezco siempre, me gusta hacer lo que quiero, me hago pis en el salón de Clarice.

Aparte de eso, soy un perro casi normal. Ah, me he olvidado de decir que soy un perro mago: adivino todo por el olor. A esto se le llama tener olfato. En el corral donde estuve hospedado olisqueé de todo: la higuera, el gallo, la gallina, etcétera.

Si me llamas así: «Ulisses, ven aquí», voy corriendo y ladrando hacia ti porque me gustan mucho los niños y solo muerdo cuando me pegan. Voy a ladrar una historia que puede parecer de mentira y puede parecer de verdad.

Solo es verdad en el mundo de aquellos a los que les gusta inventar, como tú y yo. Lo que voy a contar también parece cosa de personas, aunque suceda en el reino donde los animales hablan. Hablan a su manera, claro está.

Pero, antes de empezar, te pregunto en voz baja para que solo tú me escuches:

—¿Estás escuchando ahora mismo a un pajarillo cantar? Si no está cantando, finge que sí lo está. Es un pajarillo que parece de oro, tiene el pico de un color rojo intenso y es feliz de la vida. Para ayudarte a que inventes tu pequeña cantinela, te voy a decir cómo canta él. Canta así: pirilín-pín-pín, pirilín-pín-pín, pirilín-pín-pín. Es un pájaro de alegría. Cuando esté contando mi historia, la interrumpiré a veces cuando escuche al pajarillo.

¿Y la historia?

Bien, comienza en el enorme corral de una señora llamada Oniria.

Oniria es medio maga también, pero solo cuando entra en la cocina.

Imaginaos que, con huevo, harina de trigo, mantequilla y chocolate, ella puede hacer brotar un bizcocho que es sabroso incluso para reyes y reinas.

Te pregunto: ¿quién es la persona maga en la cocina de tu casa?

En ese corral que visité y olisqueé, ¿qué había? Había un árbol enorme llamado higuera. Y gallos y gallinas.

Todo estaba en paz en aquel lugar: la lluvia alimentaba la bella higuera, el sol le daba vida. Oniria hacía bizcochos. Por no hablar de que, además del maíz que los gallos y las gallinas comían, el terreno estaba lleno de lombrices, sobre todo después de llover, oh, tierra buena.

A Oniria le gustaban mucho la gran higuera y las aves. Incluso tenía un libro que enseñaba qué hacer para que las gallinas pusieran huevos grandes: había que darles agua, en vez de fría y poca, tibia y mucha. En cuanto a la higuera, de vez en cuando Oniria le ponía en las raíces abono, del que el árbol sacaba comida con vitaminas.

Entre los gallos y las gallinas había dos aves muy importantes porque eran inteligentes y bondadosas y protegían a sus amigos. Eran como el rey y la reina del gallinero. El gallo se llamaba Ovidio. La «O» era por el *ovo*,

«huevo» en portugués, y el «vidio» era en nombre del gallo. La gallina se llamaba «Odisea». La «O» era por el *ovo* y el «disea» era en nombre de la gallina.

Es más, lo mismo pasaba con Oniria: la «O» del *ovo* y el «niria» porque ella así lo quería. Está casada con su Onofre. Bien, ya sabes que la «O» de Onofre era en homenaje al *ovo*, al huevo, y… has adivinado correctamente: el «nofre» era una diablura suya. Que si patatín que si patatán. ¡Guau, guau, guau!

Así pasaba la vida. Mansa, mansa.

Los hombres hombreaban, las mujeres mujereaban, los niños y las niñas niñeaban, los vientos venteaban, la lluvia llovía, las gallinas gallineaban, los gallos galleaban, la higuera higuereaba, los huevos hueveaban. Y así sucesivamente.

En este momento, ya debes de estar protestando y preguntándote: ¿dónde está la historia?

Paciencia, la historia va a historiar. Y será ahora mismo. Empieza así: era un día de domingo, sin ningún plan, sin ninguna diversión. Era un día de nada. Es decir, no pasaba nada. Todo igual. El sol cantaba. Solo por el parloteo las gallinas cacareaban. Pero la tranquilidad no duró mucho. Y la culpa fue de la higuera, que no se sabe por qué nunca había dado higos.

(Pirilín-pín-pín, pirilín-pín-pín, pirilín-pín-pín).

Y no va la higuera y, hacia el mediodía, como no tenía nada que hacer, se esfuerza por pensar. El esfuerzo fue tan grande que incluso cayeron al suelo algunas de sus hojas. Y, por fin, tuvo un pensamiento.

El pensamiento era el siguiente:

La vida de los gallos y de las gallinas es una fiesta total. Ovidio cacarea, las gallinas ponen huevos. Pero ¿y yo? ¿Yo, que ni siquiera doy higos?

Y que si patatín, que si patatán.

El pensamiento de la higuera se pudrió y se convirtió en envidia. Se pudrió todavía más y se convirtió en venganza. La higuera, que no daba frutos y que no cantaba, decidió enriquecerse a costa de los demás. Se quería aprovechar de los hijos de Ovidio, de Odisea y de otras aves. Si por lo menos ella cantase, la podríamos perdonar.

Pero así no. (¡Guau, guau, guau!).

De pensamiento en pensamiento, todos muy rabiosos, la higuera llegó a una infeliz conclusión: iba a hacer algo que no te imaginas.

¿Sabes qué? *Esa maldita higuera entró en contacto con una nube negra que era bruja. Y le pidió*:

—Bruja, brujita, haz que los huevos sean míos, ¡aunque no cacaree como Ovidio! ¡Quiero vender esos huevos y ganar mucho dinero!

Así se lo dijo y en sus ojos había un brillo de sinvergonzonería.

La bruja mala se llamaba Oxelia. La «O», etc., etc., ya sabes. Ella, en cuanto fue consultada, no se lo tuvo que pensar mucho: era una nube tan mala que ni lo que es llover llovía. Y te voy a decir más: le quiso

hacer un favor a la higuera porque quería que a esta, al final, le saliera el tiro por la culata.

Perdona, pero todavía no te voy a contar cuál fue el final. Espera.

¿Quieres saber cuál fue el resultado de la conversación entre la higuera y Oxelia? Fue el siguiente: por la noche las hojas de la higuera se encendían como si les diera el sol.

Y las gallinas, pensando que era de día, ponían huevos.

La higuera también le había pedido a Oxelia que las gallinas pusieran los huevos en el suelo, junto a sus raíces.

¿Qué pasó? Pasó que las gallinas se asustaron porque ya no dormían y ponían huevos sin parar, todo el rato.

En cuanto a Ovidio, salió malparado: como pensaba que era de día, se quedó ronco de tanto cacarear.

(Pirilín-pín-pín, pirilín-pín-pín, pirilín-pín-pín).

Mientras tanto, a la higuera no le daba la vida para recoger tanto huevo, y todo para venderlos y hacerse millonaria. Y no les pagaba nada a las gallinas, ni con maíz, ni con lombrices, ni con agua. Era una esclavitud.

Odisea, viendo que la cosa iba mal, le cacareó a Ovidio:

—Estamos agotadas, tenemos que hablar en serio.

En cuanto habló, puso, cansada, un huevo.

(Guau, guau, guau. Estoy ladrando con tanta rabia que Clarice incluso se ha asustado).

Ovidio, igual que Odisea, era un gallo que pensaba mucho. Se fueron al fondo del corral a hablar, y que si patatín, que si patatán. Estuvieron dos días entendiéndose con palabras de aves.

¿Resultado?

El resultado fue de una astucia de las buenas.

No había duda: irían contra la higuera dictadora, exigirían sus derechos, poner huevos para ellos mismos, pedir comida, agua, sueño y descanso.

Seguro que estás pensando que Oniria no tomaba ninguna medida. La respuesta es que ella y Onofre estaban de viaje y no sabían la desgracia que

sucedía en el gallinero.

Habían dejado a un trabajador para que se encargara de todo, pero ese trabajador, de nombre Oquequé (la «O» de *ovo*, y así sucesivamente), ese trabajador era muy vago y solo comía, dormía y coqueteaba con mujeres, y no se encargaba de nada.

Tengo que decir que de día la higuera no era más que una higuera normal, para no llamar la atención de quien la observase.

Cuando todos estaban durmiendo ella se encendía con luces, tal y como había pactado con Oxelia. Odisea y Ovidio decidieron algo que vas a saber ahora mismo.

Les susurraron la solución a las otras aves y que si patatín, que si patatán.

Y, cuando llegó la noche peligrosa y la higuera se hechizó con brillos de luz, bien, todas las gallinas, lideradas por su presidente y por su presidenta, es decir, por Ovidio y por Odisea, se esforzaron por volar y se posaron sobre las ramas de la higuera. Y desde ahí arriba pusieron sus huevos.

¿Crees que es una tontería de las suyas?

Pues, guau, guau, guau, te equivocas. ¿Qué pasaba? Pasaba que los huevos caían al suelo, y todos se rompían, cáscaras por un lado, yemas por el otro, claras por ahí, todo pudriéndose en la tierra. ¿Es una pena sacrificar tantos huevos? Sí, pero a veces tenemos que hacer sacrificios.

La higuera se horrorizó con tanto desperdicio.

Era una pérdida extraordinaria. Y ni siquiera a ella le gustaba la tortilla.

Y venga a caer huevos. Cada huevo que caía hacía en el suelo este ruido: ploquití, ploquití, ploquití.

Al mismo tiempo, Ovidio empezó a cacarear:

—¡Queremos libertad para cantar solo de día!

Las gallinas cacarearon a la vez:

—¡Queremos poner huevos solo cuando nos dé la gana y queremos los huevos para nosotras! ¡Son nuestros hijos!

El alboroto dejó a la higuera medio sorda. Hubiera querido consultar a la bruja lo que debía hacer. Pero Oxelia estaba ocupada con otro asunto, un asunto que también era una maldad.

La higuera estaba medio loca e imploró una ayuda especial, como si fuera una consulta al médico (aunque los médicos son buenos), y la hechicera Oxelia, cada vez más negra, aceptó dar una respuesta.

Como yo, el perro Ulisses, he dicho al principio, sucede que Oxelia tenía una maldad tan grande que también quería mal a la higuera, hasta entonces su compañera de fechorías. Y le dijo:

—¡Considérate afortunada! ¡Pues podría castigarte mandándote una noche de tempestad y haciendo que un rayo cayese encima de tu copa y partiese en dos tu orgulloso tronco!

Las gallinas y los gallos eran libres ¡por fin! Y se fueron a dormir, pues lo necesitaban después de tantas noches de insomnio.

La higuera se quedó atolondrada: no sabía hasta entonces que uno no debe hacerse amigo de los malos.

Entonces, muy humillada, vio cómo se apagaban sus luces.

De madrugada Ovidio cantó de una manera tan bonita como no había cantado en su vida. Y las gallinas se desperezaron felices.

Todos estaban tan contentos que Ovidio y Odisea decidieron organizar una fiesta. Y, para agradar a las aves, compraron mil piruletas.

Pero sucedió que no sabían que las piruletas o se chupan o se lamen, y empezaron a morderlas: crac, crac, crac, con los dientes. Y ¿qué pasó? Pasó que se les rompieron todos los dientes. Y por eso las aves no tienen dientes.

Por lo menos, eso es lo que yo pienso, guau, guau, guau.

(Pirilín-pín-pín, pirilín-pín-pín, pirilín-pín-pín).

Cuando Oniria y Onofre volvieron de su viaje, encontraron mucha

alegría entre los gallináceos y les gustó verlos. Pero observaron que ya no tenían dientes. Entonces, Oniria le dijo a Onofre:

—¡Vamos a dejar que visiten otros lugares porque puede que encuentren una nueva comida que no tenga que ser masticada!

Dicho y hecho. Y poco después dejaron que Ovidio y Odisea se llevaran a toda la bandada a pasear.

El campo estaba hermoso. Las aves restregaban sus picos en la hierba verde y fresca.

Una delicia.

Pero llegó el hambre. Y ¿qué había para comer? Pues bien. Ovidio y Odisea se acordaron de la bruja buena Ojalá. La «O» de *ovo*, y «jalá» por vanidad. Ella era maga y accedió a su petición. Los guio por la selva y les mostró un árbol de jabuticaba.

¿Sabes lo que es la jabuticaba?

Es un fruto redondo y negro que solo existe en Brasil.

Ovidio y Odisea se alegraron porque sabían que Ojalá siempre cumplía lo que prometía. Y pidieron más.

—Pequeña Ojalá, ¡mira a ver si puedes hacer que la nube negra, Oxelia, deje de ser mala!

Ojalá sonrió y dijo:

—Pues bien: ya no va a ser peligrosa y dentro de unas horas ella lloverá.

Y lloverá encima de la higuera. Pero ahora quiero deciros algo: la jabuticaba es un fruto que se puede comer, aunque no se tengan dientes.

Con un poco de miedo, las aves cogieron con el pico unas jabuticabas. Y

con su pico partían los frutos. Hacían este ruido: pliquetí, pliquetí, pliquetí.

Encontraron que la jabuticaba era maravillosa. Aunque al final fuera un poco ácida. Como sabes, la jabuticaba tiene un hueso dulce que, cuando lo chupas, es un poco ácido.

Las jabuticabas crecen en el árbol guapurú. Tanto las ramas como el tronco se llenan de mil jabuticabas. Estas, cuando están bien maduras y redondas, caen al suelo. Nosotros las pisamos y hacen este ruido: ploquitití, ploquitití, ploquitití.

Los gallos y las gallinas se deleitaban al pisarlas: el ruido era delicioso; les daban unos escalofríos de los buenos. Pero todavía no habían descubierto que los frutos se podían comer.

Mientras tanto, Odisea le dijo a Ovidio:

—Ya que somos libres y estamos felices, ¿vamos a perdonar a la higuera, que está tan triste? Creo que se ha arrepentido. ¿Le pedimos a Ojalá que cuide de ella?

—Dicho y hecho —respondió Ovidio.

Miraron al cielo y vieron a Ojalá.

Estaba hermosa en el cielo azul claro: blanca y dorada y resplandeciente por el sol que le daba. Escuchó la petición de perdón y dijo:

—Está bien, voy a perdonar a la higuera. Es más: voy a hacer que tenga hijos, quiero decir, higos.

Pero pasó una cosa: las aves tenían el hueso de las jabuticabas en la boca y no sabían qué hacer.

Entonces les preguntaron a Odisea y a Ovidio:

—¿Tenemos que tragarnos el hueso o no?

Ovidio y Odisea se quedaron atónitos: no sabían qué responder.

Pensaron en pedir ayuda a Ojalá, pero creyeron que ya le habían pedido muchas cosas y que se las tendrían que apañar solos.

(Pirilín-pín-pín, pirilín-pín-pín, pirilín-pín-pín).

Yo, que soy un perro, no sé qué responderles a las aves.

—El hueso ¿se traga o no se traga?

Tú, que eres un niño, pregúntaselo a las personas mayores.

Mientras, yo digo:

—¡Guau, guau, guau!

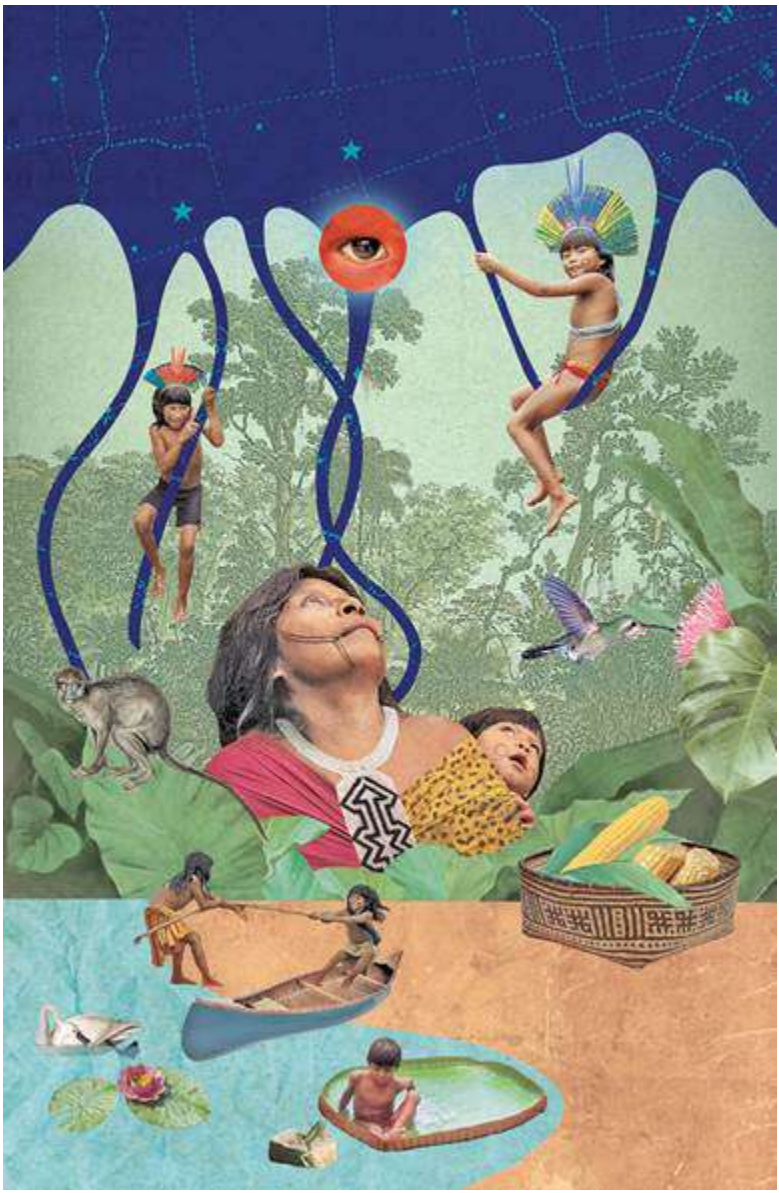
Y Clarice entiende lo que quiero decir:

—¡Hasta luego, niño! El hueso ¿se traga o no se traga?

He ahí la cuestión.

CÓMO NACIERON LAS ESTRELLAS

DOCE LEYENDAS BRASILEÑAS



ENERO

CÓMO NACIERON LAS ESTRELLAS

La verdad es que todo el mundo piensa que las estrellas resplandecientes han existido siempre. Pero eso es un error. Antes los indios miraban de noche al cielo oscuro, y bien oscuro que era el cielo. Una negrura. Voy a contar la sencilla historia del nacimiento de las estrellas.

Había una vez, en el mes de enero, muchos indios. Y eran muy activos: cazaban, pescaban y guerreaban. Pero en sus aldeas no hacían nada, sino que se acostaban en las hamacas y dormían roncando. ¿Y la comida? Solo las mujeres se ocupaban de prepararla para que todos tuvieran algo que comer.

Una vez se dieron cuenta de que en el cesto faltaba maíz para moler. ¿Y

qué hicieron las valientes mujeres? Lo siguiente: sin miedo se internaron en la selva, bajo un delicioso sol amarillo. Los árboles resplandecían verdes, y bajo ellos había sombra y agua fresca. Cuando salían de debajo de las copas encontraban el calor, bebían en el reino de las aguas de los riachuelos bulliciosos. Pero siempre buscando maíz, porque el hambre era tal que hasta comían hojas de los árboles. Aunque solo encontraban pequeñas mazorcas marchitas y sin gracia.

—Vamos a la aldea y volvamos con unos curumines (así llamaban los indios a los niños). Los curumines dan suerte.

Y se la dieron de verdad. Parecía que los chicos adivinaban cosas: siguieron hacia delante y, en un claro de la selva, he aquí un maizal exuberante que crecía alto. Las indias, maravilladas, dijeron: hay que recolectar todas estas mazorcas. Pero los chavalines se llevaron también muchas de las mazorcas y huyeron de sus madres, regresaron a la aldea y le pidieron a la abuela que les hiciese un bizcocho de maíz. La abuela así lo hizo y los curumines se hincharon a bizcocho, que se acabó enseguida. Solo entonces tuvieron miedo de las madres, que les regañarían por haber comido tanto. Debían esconder a la abuela y al loro en una cueva porque los dos

iban a contarlo todo. Pero ¿y si las madres echasen en falta a la abuela y al loro parlanchín? Fue entonces cuando llamaron a los colibríes para que atasen una liana en lo alto del cielo. Cuando las indias regresaron, se asustaron al ver a sus hijos subiendo por el aire.

Decidieron, las madres nerviosas, subir detrás de los niños y cortar la liana que estaba debajo de ellos.

Sucedió una cosa que solo sucede si creemos en ella: las madres cayeron al suelo y se transformaron en panteras. En cuanto a los curumines, como ya no podían volver al suelo, se quedaron en el cielo hasta hoy, convertidos en grandes estrellas brillantes.

Pero, para mí, tengo que deciros que las estrellas son más que curumines.

Las estrellas son los ojos de Dios, que vela por que todo salga bien. Para siempre. Y, como sabemos, «siempre» no acaba nunca.

FEBRERO

ALBOROZO DE FIESTA EN EL CIELO

¿Sabías que en la víspera de Carnaval hubo en el cielo una fiesta para los animales de la selva? Las invitaciones las entregó un colibrí que con mucha delicadeza las dejaba sobre las corolas de los nenúfares.

Los animales que pasaban por allí veían su nombre en el sobre y saltaban de alegría: ¡les habían premiado con un plan de fin de semana!

Pero todos se dieron cuenta de que solo habían recibido invitaciones los animales con alas. Lo cual era una injusticia. Por lo menos fue lo que pensó el sapo grande. Los animales terrestres estaban resignados y esperaban el día en que hubiese una fiesta en la selva. Pero, como he dicho, el sapo verde, no. Todos se reían de él y de sus quejas croadas e inútiles.

Aprovechó el final tranquilo de la tarde para gritar bien alto y que lo escucharan bien.

—¡Yo también voy!

Los pájaros se burlaban de él y le preguntaron:

—¿Dónde están tus alas, animal feo?

Fue entonces cuando pensó: tengo que preguntarle a quien sea igual que yo, pero más viejo. Y, en efecto, en la ciénaga que había entre helechos y culantrillos, encontró a un sapo viejo y lleno de sabiduría llamado Croac-croac-croac. Este se amedrentó con las intenciones del sapo joven:

—Mira, es mejor para tu salud que no salgas del suelo y que tengas agua cerca.

Entonces el sapo joven le dijo:

—¿Eres capaz de guardar un secreto? Pues bien, yo voy a ir allá arriba a bailar. Solo es necesario que el urubú feo se lleve la guitarra.

Croac-croac-croac le dijo que no le entendía.

El sapo fue a hablar con el urubú:

—Urubú, ¿te vas a llevar la guitarra?

El urubú, con la guitarra bajo el ala, ni siquiera se dignó responder.

—Señor urubú, ¿me podrías hacer solo un favor? ¿Podrías ver si estoy en aquella esquina?

El urubú, que era medio tonto, le respondió que, ya que solo era un favor, se lo haría. Así que fue a ver y no se llevó la guitarra. El sapo entró en un periquete en la guitarra y se quedó bien quieto, aunque tenía unas ganas locas de fumar. El urubú regresó para decirle que no lo había encontrado en la esquina. Pero ¿dónde está el sapo? Ha desaparecido, pensó. Y pensó: ahora me voy al cielo.

Para acortar la historia, el sapo, dentro de la guitarra, llegó al cielo y en un abrir y cerrar de ojos saltó hacia fuera y empezó a bailar muy feliz. Los pájaros se sorprendieron, preguntaron al señor sapo cómo había llegado hasta allí. Pero el alma del chisme es el secreto, y el sapo solo respondió maleducado: ¡es que yo me salgo siempre con la mía! Y de nuevo entró astutamente en la guitarra para irse. Pero el urubú se dio cuenta y se enfadó: te crees muy listo, ¿no? Pues ahora es cuando vas a volar; te voy a soltar en el aire. Entonces, el sapo le pidió con mucha astucia:

—¿Ves aquella piedra y aquel lago? Por el amor de Dios, ¡deja que caiga en la piedra porque si cayese en el lago me ahogaría!

—¡Pues es en el lago donde te voy a soltar para que mueras!

El sapo, muy feliz, cayó al lago y se salvó.

¿Moraleja de la fiesta? Bien, no hay.

MARZO

EL PÁJARO DE LA SUERTE

Se trata del uirapuru, pájaro encantado de la suerte que tiene como morada las ricas selvas de la Amazonia.

La historia es un poco triste. Pero el trino de esta ave es tan compungido y melodioso que vale la pena contar la historia.

Empieza con un indio que tocaba la flauta en la selva. Y las indias jóvenes le escuchaban. De ahí a querer ver quién era el guapo indio que estaba tocando había solo un paso. El segundo paso fue que encontraron al músico y se les cayó el alma a los pies de la brutal decepción. Ellas, que eran un poco tontas, pensaban que algo bonito solo podía salir de personas bonitas. Y, caprichosas y maleducadas, empujaron al indio feo hacia fuera del claro. Entonces él, humillado, huyó.

Al mismo tiempo las indias oyeron otra flauta tocada con delicadeza y ternura. Y pensaron esperanzadas que quizá quien tocaba esta nueva flauta fuese un indio guapo. Siguieron por los caminos de la selva, guiadas por el cántico que parecía cada vez más cercano. ¿Y sabías que se encontraron, no con un indio, sino con un pajarillo posado en una rama de un árbol frondoso?

Era el pájaro uirapuru. Una de las indias, la más hermosa y esbelta, era también la mejor cazadora. Y, como las demás, quiso herir al pájaro para que no huyese y solo cantase para ella. Con un arco y una flecha, se preparó.

Y, claro está, el ave cayó de la rama.

Ahora viene una sorpresa, tanto para las indias como para nosotros: una vez en el suelo, el pájaro se transformó en un bellísimo muchacho.

El indio, con una dulce sonrisa, se dirigió a su cazadora mientras las demás indias imploraban su atención y amor.

Todo estaba bien. Pero la primera flauta empezó a sonar de nuevo: era la del indio feo.

Las muchachas sabían que él se quería vengar del maltrato sufrido e intentaron rodear al indio guapo para esconderlo. Pero el indio feo

disparó rápido su flecha en dirección al pecho varonil de su rival, solo para asustarlo. ¿Y sabías que sucedió un hechizo milagroso? Sucedió, sí: el

muchacho bonito se transformó en un pájaro invisible, pero presente a través de su canto. Y las indias empezaron a oír, aun sin ver, el trino feliz.

¿Cómo se conoció que el uirapuru da suerte? Ah, eso no lo sé, ¡pero darla, la da!

ABRIL

LAS AVENTURAS DE MALASARTES

¡Ay, el mes de abril, qué bueno que existas! También para Pedro Malasartes.

Lo voy a contar: como su padre había muerto, su madre dividió toda la casa en partes, dándole una a cada hijo. A Pedro Malasartes le tocó una puerta. Él pensó: con esta puerta conquistaré el mundo. En efecto, muy pronto vio un urubú posado sobre un burro muerto. En un abrir y cerrar de ojos les tiró encima la puerta, y, como el urubú se quedó cojo, fue fácil atraparlo. ¿Para qué querría él un urubú? Él sabría. Cuando notó en el aire el aroma de una magnífica cena, llamó a la puerta de la casa de una señora, golosa y listilla, que se estaba preparando un banquete para ella sola, a escondidas del marido, que estaba de viaje. Malasartes fue expulsado airadamente por la sabelotodo y por su criada. Entonces, con la ayuda de la puerta apoyada en la pared, subió al tejado y desde allí vio abajo comida buena de verdad. Había lechón asado, pavo y todo lo que hace las delicias de un hombre. Fue entonces cuando el marido llegó, de forma inesperada. La astuta mujer se lamentó: si hubiera sabido que venías, habría preparado algo bueno de comer, pero, como no te esperaba, solo tengo carne seca, judías sosas y harina rancia…

Entonces, Malasartes se presentó de nuevo con su urubú, sabiendo que el marido no le negaría un poco de la escasa cena. En cuanto comenzó a comer, Malasartes le dio, con disimulo, un empujoncito al urubú, que gimió.

—¿Por qué se está lamentando? —preguntó el dueño de la casa.

—Me está dando noticias —respondió Malasartes—. Mi urubú, al contrario que los otros, habla y me está contando que su mujer de usted le ha guardado a usted un lechoncito asado para darle una sorpresa…

La mujer tuvo miedo de Malasartes y dijo:

—¡Ay, el condenado urubú; me ha estropeado la sorpresa! Sí que tengo ese lechoncito para ti…

Al cabo de un momento el urubú gimió de nuevo, y Malasartes le dijo:

—Oye, urubú entrometido, para de decirme cosas.

—¿Qué te está diciendo?

—Que hay pavo relleno.

—Maridito mío, esta era otra sorpresa que el urubú desvergonzado te ha estropeado. Pero come un poco de este pavo. También tengo dulces, frutas, bebidas…

Como era el 1 de abril, el día en que se engaña a los demás, Malasartes le vendió de manera tramposa el precioso urubú al dueño de la casa para que le hiciera de espía.

Bien alimentado, Malasartes siguió su camino con la puerta bajo el brazo.

Moraleja: más vale una puerta desvalida y el ingenio de Malasartes que una casa entera para quien no tiene arte.

MAYO

LA PELIGROSA YARA

Al caer todas las tardes, Yara, que vive en el fondo de las aguas, surge de ellas, magnífica. Con flores acuáticas adorna su cabello negro y juega con los pececillos al escondite. Pero en el mes de mayo aparece al ocaso para buscar novio.

Las madres se preocupan por sus hijos varones, sabedoras de que Yara quiere novios. Pero para los hijos Yara es la tentación de la aventura, pues hay muchachos a los que les gusta el peligro.

A medida que Yara va cantando, más inquietos y atraídos se sienten los jóvenes, que, sin embargo, no osan arriesgarse.

Sí, pero un día existió un tapuya soñador y valiente. Estaba pescando muy pensativo y se olvidó de que el día llegaba a su fin y de que las aguas se estaban amansando. Fue cuando pensó: creo que estoy teniendo una visión.

Porque la morena Yara, de ojos negros y brillantes, surgió de las aguas. El tapuya tuvo el miedo que todo el mundo tiene de las peligrosas sirenas; dejó la canoa y corrió a refugiarse en la aldea.

Pero ¿de qué le servía huir, si el hechizo de la Flor de las Aguas ya lo había envuelto por completo? Recordaba su fascinante canto y sufría de nostalgia.

La madre del tapuya adivinó lo que le pasaba a su hijo: lo examinaba y veía en sus ojos la marca de la embaucadora sirena.

Mientras tanto, Yara, confiando en su encanto, esperaba que el indio tuviera el valor de casarse con ella.

Pues bien, todavía en ese florido y perfumado mes de mayo, el indio huyó de la aldea y de su tribu, y se marchó en canoa por el río. Y se quedó esperando con el corazón tembloroso. Entonces, Yara vino despacio, despacio, hacia él, abrió sus húmedos labios y cantó suave su victoria, pues ya sabía que iba a arrastrar al tapuya al fondo del río.

Los dos se sumergieron en el agua y suponemos que hubo fiesta en las profundidades.

Las aguas estaban tranquilas en la superficie, como si nada hubiese pasado. Al atardecer, emergía la morena de las aguas para adornarse

con rosas y jazmines. Porque un solo novio, por lo visto, no le bastaba.

Esta historia no admite bromas. Que tengan cuidado ciertos hombres.

JUNIO

UN FESTEJO EN LA SELVA

Estamos en el mes de junio, las hogueras de San Juan arden, los globos suben, hace ya un poco de frío y es tiempo de abrigarse. Apetece comer boniato a medianoche con un café bien caliente.

Pero me dijeron que la fiesta no es solo para nosotros. Pues resultó que iba a haber una fiesta para todos los animales de la selva. Y me imaginé que eso solo podría ocurrir en el mes de nuestros propios días de descanso. Por lo menos eso es lo que nos aseguran los indios de la tribu tembé.

Y fue esto lo que pasó: los animales de la jungla estaban muy ocupados y tranquilos con sus quehaceres. Pues el quehacer de los animales es existir.

Pero he aquí que del aire surgió un rumor que de inmediato se propagó augurador entre agitados dimes y diretes. Trajo ese rumor el canto del zorzal.

Como el zorzal, por lo que sabemos, canta por el mero placer de cantar, los animales dudaban si era verdad o no.

Y, de repente, empezaron a llover invitaciones para el tal festejo. Quien invitaba no decía quién era, pero todos imaginaban que la idea provenía de la reina de las selvas brasileñas, la pantera, poderosa como era. Todos los animales fueron invitados y se garantizó que para la ocasión se prohibiría toda ferocidad. Hasta la madre lechuza, que era tan lista que llevaba gafas, fue invitada con sus hijos.

En cuanto a las hijas del mono, locas por echarse novio y casarse al fin, se engalanaron tanto y con tantas baratijas que parecían unas…; exacto, iban hechas unos adefesios.

Quien piense que la cobra no vino porque era muy asquerosa está equivocado: apareció haciendo reverencias con su cuerpo resbaladizo para llamar la atención.

La noche estaba completamente iluminada por miles de luciérnagas, por la luna silenciosa y las estrellas húmedas. En cuanto a la orquesta, tened la seguridad de que era de la mejor calidad: una banda de tucanes se encargó de tocar, a modo de vals, los más bellos rugidos de la jungla.

Los animales estaban locos de alegría. El papagayo fue muy aplaudido cuando gritó una canción alegre, y las monas casaderas, colgadas de los árboles por los rabos, estaban seguras de que eran grandes bailarinas.

Bien, la cosa estaba en el culmen de su animación. Pero la pantera estaba inquieta, loca por atacar. Y, como esa noche no estaba permitida la carnicería, fue feroz con su lengua viperina. Entonces cantó: «Doña Anita es gorda y rolliza como una cerda y tiene el color de un ratón». El anta se enfureció y se marchó.

La pantera, como vio que había tenido éxito, le cantó una ofensa terrible al morrocoy, diciéndole que estaba lleno de tórsalos. Fue tan horrible que el morrocoy ofendido se marchó. Después la pantera dijo: «Mirad qué escote indecente llevan las hijas del mono». Las monas montaron en cólera y la

única razón por la que no se fueron de allí fue porque la esperanza en encontrar novio es la última que se pierde.

Pero sucedió que entre los animales estaba el dios de los venados, Arapuá-Tupana, que decidió acabar con la soberbia de la pantera y, para vencerla, se puso a cantar. Los animales, sabiendo que si la escuchaban morirían, se taparon los oídos. Al final Arapuá-Tupana se marchó y los animales no murieron.

Es verdad. Pero los animales habían perdido el don del habla; ya nadie se entendía. Hasta el día de hoy. Porque rugir o cantar no es decir nada.

Todo por la pantera lenguaraz.

JULIO

CURUPIRA EL TRAVIESO

En este mes de julio os voy a contar la rara historia de un ser más raro todavía. Los indios lo llaman Curupira. Empezaré por describirlo: es más feo que el demonio y tan peludo como un oso, pero pequeño. ¿Alguna vez habéis visto dientes verdes? Pues Curupira los tiene. Por no hablar de sus orejas puntiagudas. No es un cangrejo; sin embargo, tiene los pies girados al contrario, como si caminase marcha atrás. Nadie sabe nunca dónde está.

¿Siempre huyendo? Quizá. Y de repente surge como una aterradora aparición. Cuando se marcha no deja ningún rastro en la tierra. Solo se oye un susurro en la selva; podéis estar seguros: es él. Y aparte del susurro se oyen golpes en los troncos de los árboles. Porque, sin que nadie se lo pida, él los vigila para saber si aguantan tempestades y borrascas.

Qué ser tan misterioso. Pero también es sabio: conoce, solo con la mirada, las plantas que curan las enfermedades de los animales. Porque él protege a los animales contra hechizos y cazadores. Y todo esto lo hace sin dejar marcas. Solo queda en el aire un perfume de selva virgen, que es el suyo. Pero el muy travieso casi nunca ayuda a las personas, el muy pillín.

A veces se relaciona con algún que otro cazador y enseguida le invita a vivir en la jungla. Como el Sací-Pereré, también pide tabaco y a cambio de

lo que le den cuenta los secretos de la selva.

También se sabe vengar del indio que, con flechas, hiere a algún animal indefenso. Entonces Curupira lo atrae por caminos sin fin y he aquí al cazador confundido, mareado y perdido. Es verdad que antes le pide al cazador que no mate a ningún animal que viva en grupo, porque el grupo lo echará de menos. Pero ¡ay de nosotros si el indio no cede! Curupira no lo perdonará. Le echará fuego y lo dejará bien asado. Los cazadores temen a esta especie de gnomo-monstruo y sus venganzas.

Todo lo que él pide, si no se lo dan, trae mala suerte. «¡Dame tabaco!», le dice Curupira al indio balsero. Y, si este se niega, la balsa se hunde en las profundidades de las aguas. Se parece un poco al Sací-Pereré. Pero, mientras a este le gusta divertirse con los demás, con Curupira

no se juega.

Por ejemplo: pobre de quien entre en la selva que le sirve de casa. Su venganza no se hará esperar.

Lo que no se puede explicar es por qué es tan bueno con los animales. Y, si no está en guerra, vive muy bien en las profundidades lejanas de la jungla.

AGOSTO

EL NEGRITO DEL PASTOREO

Como es el mes de agosto y hace un poco de frío, voy a contar una historia que sucedió en las pampas del sur del país, quizá en Pelotas.

Empieza muy bien, pues en esas pampas había un hombre muy rico, malo y avaro: no daba ni los restos de la comida. Su hijo era un joven que heredó su mezquindad. Me he olvidado de decir que la historia ocurre en tiempos de la esclavitud. Y voy a hablar de un pequeño esclavo más negro que el carbón llamado precisamente Negrito. No tenía padre ni madre y decía que la Virgen María era su madrina. Las palizas que le daban el patrón y su hijo no eran ninguna broma. El hombre malo tenía un caballo bayo muy bonito y veloz, y un hacendado vecino le retó diciendo: «No sé si este caballo bayo será bueno para las carreras». Os podéis imaginar quién iba a montar el caballo sin silla: Negrito, claro está. Pero por desgracia el bayo no ganó la

carrera y Negrito se llevó una paliza que ni te cuento. Y, por si no fuera suficiente, le ordenaron que se encargase de pastorear la yeguada del patrón.

Era de noche, Negrito estaba todo magullado y con miedo de que los animales se le pudieran arrimar. Pero la Virgen María le ayudó a dormirse.

Y he aquí que se oyó un tiro de escopeta por la campiña. El estruendo provenía del hijo del patrón. Pero quien se llevó una nueva paliza fue Negrito. Le ordenaron que fuera a buscar los caballos. Mientras tanto, la noche era aún más cerrada. Y no se veía ningún caballo. Entonces Negrito cogió un cabo de vela que iluminaba a su madrina en el oratorio del hombre malo. Y corrió deprisa montado en el bayo en busca de los caballos dispersos. Sucedió un pequeño milagro: siempre que la vela bendita derramaba cera en el suelo, aparecían miles de velitas que iluminaban la noche. Con esta gran ayuda, Negrito encontró los caballos. Y, cansado, se durmió. Al hombre malo le daba rabia hasta el sueño de Negrito y ordenó a otro esclavo que le diera latigazos y que lo pusiera junto a un hormiguero, solo para fastidiar al niño.

Después el patrón quiso ver al chaval, a quien las hormigas tenían que haber picado por completo. Pero junto al hormiguero estaba Negrito perfectamente sano, con el bayo y la yeguada. Asombrado como

estaba el hombre malo, se asombró más todavía cuando vio junto al pequeño esclavo a la Virgen María protegiéndolo. El hombre malo se arrodilló por miedo y no por bondad. En cuanto a Negrito, montado en el bayo, siguió corriendo con la yeguada para siempre. Para siempre significa que todavía hoy sigue corriendo. Y quien quiera lo puede ver. Quiero decir: si lo quiere de verdad.

Solo que algunos días del año Negrito desaparece. Debe de estar conversando con sus amigas las hormigas.

Cualquier gaucho conoce esta historia y muchos creen que Negrito nos ayuda a encontrar lo que perdemos, ya sea un objeto, amor o felicidad desaparecida. ¿Puede que la moraleja sea que el bien siempre vence? Bueno, ya sabemos todos que no siempre. Pero lo mejor es que nos las arreglemos como podamos y tratemos de ser buenos y de tener la conciencia en paz.

SEPTIEMBRE

LO QUE ME DA MIEDO

Bien, lo mejor será empezar por hacer una confesión: que soy un poco cobarde; tengo mis miedos. Y te vas a reír de mí cuando sepas a qué le tengo tanto miedo. Es…, bueno…, es…

(Voy a reunir todo el valor necesario y lo diré de una vez).

De lo que tengo tanto miedo es de… ¡Sací-Pererê! Qué alivio haberlo confesado ya. Y qué vergüenza. Lo único por lo que no juro que Sací existe es porque no se puede ir jurando en balde por ahí. Es probable que seas de ciudad y no me creas. Pero que en la selva hay sacís, los hay. Y os aseguro que eso es verdad, aunque parezca mentira, os lo aseguro, porque yo ya he visto a esa mitad persona, mitad animal.

Y, para que me creas, lo voy a describir: es un diablillo que tiene solo una pierna (aunque como por milagro puede cruzar las piernas). Te doy como garantía mi palabra de honor. Y va siempre con una pequeña pipa.

Debo decir que no es alguien que cometa grandes fechorías. Las hace, pero son pequeñas y pícaras. A veces, si no le dan tabaco —es mejor llevar siempre tabaco en una cajita porque más vale prevenir que curar—, como iba diciendo, si no le dan tabaco, hace de las suyas. ¡Incluso la leche hervida él la consigue agriar!

¿Moscas en la sopa? Ha sido él el pequeño malhechor. Hay un momento para las bromas y a veces la gente se enfada.

Por no hablar de que Sací asusta a las gallinas, pobrecitas, que ya de por sí son asustadizas. Pues sí, pero ¿sabes que él hace que se aterroricen por completo?

¿Ama de casa? Cuidado, porque él quema las judías en la sartén. Y el muy travieso hace estas cosas o para vengarse o para divertirse porque le gusta el alboroto.

Te doy mi palabra de que yo ya le he dado mucho tabaco a Sací. Pero, si no me crees, te lo voy a describir: lleva en su astuta cabecita un gorro muy rojo y muy escandaloso, tiene la piel más negra que el

carbón en una noche oscura, solo una pierna que anda a saltos y, claro está, una pequeña pipa encendida, porque él, como yo, tiene el vicio de fumar.

Pero una vez me vengué. Cuando me pidió tabaco se lo di. Pero con el tabaco mezclé… un poco de pólvora (tampoco mucha porque no lo quería

matar). Y, cuando dio la primera calada, hubo un gran estruendo. Porque yo también soy un poco Sací-Pereré. Fue justo con él con quien aprendí esos trucos.

Aviso a Sací: por favor, no te vengues de mí poniéndole pólvora a mi tabaco, ¡porque yo me vengaré prendiendo fuego a toda la selva!

Dicho queda.

OCTUBRE

LA FRUTA SIN NOMBRE

En este mes cae el Día del Niño. Aparte de juguetes, ¿por qué no contarles algo sobre la fruta desconocida?

En el tiempo de nuestra tátara-tatarabuela, los árboles se limitaban a crecer hermosos, pero no daban frutos. Además, no había buenas raíces para que crecieran alimentos en abundancia. Como es de imaginar, el hambre se propagaba entre los animales.

Y entonces, como quien no quiere la cosa, se extendió un rumor: en la selva amazónica crecía un árbol especial. Un árbol con el don de hechizar.

—¿Da frutos? —preguntaban los animales. La respuesta la dio el guacamayo parlanchín: daba una fruta sabrosa.

Había, no obstante, un pero. Para coger la fruta había que saber antes el nombre del árbol…

Los animales pensaron, pensaron y pensaron. Y decidieron preguntarle el nombre del árbol mágico a Tupã. Este no se hizo de rogar:

—Escuchad. Es «muçá, muçá, muçá».

La danta comenzó a repetir y a repetir el nombre por el camino para no olvidarlo. Pero se encontró a una vieja egoísta que quería comerse ella sola todas las frutas.

—Danta, amiga mía, ¿me podrías traer una «mugá, mucungá, muculungá»?

La danta se quedó boquiabierta y se confundió con el nombre que había estado repitiendo.

La manera de saber el nombre de la fruta era que otro animal se lo preguntara a Tupã. En cuanto tuvieron la idea actuaron, y el coatí obtuvo el nombre olvidado. Pero también se encontró con la vieja loca y se hizo un lío de los buenos. Después le tocó el turno al mono, que amenazó a la vieja.

Esta, a pesar de todo, le dio un nombre cualquiera a la fruta, y adiós a la memoria del mono. El yacaré también cayó en la trampa.

Entonces llegó el turno del morrocoy, que tiene el caparazón de una tortuga. Fue a preguntarle a Tupã el bendito nombre. Tupã le quiso disuadir:

—Tú no harás nada porque eres muy lento. La vieja te atrapará antes de que des dos pasos.

Sin embargo, el morrocoy no se desanimó. Confiaba en su inteligencia, que era mayor que su lentitud. Además, era un animal persistente. Aprendió el nombre y tocó su pequeña flauta, repitiendo el nombre y después la misma melodía.

Entonces, la vieja astuta se le fue acercando y gritó:

—Hijito, también quiero una «mugá, mucungá, muculungá».

Pero el morrocoy continuó diciendo: «muçá, muçá», etcétera. Cuanto más quería la vieja enredar, más el morrocoy repetía el nombre correcto. Se hizo el sordo y tocaba la pequeña flauta sin olvidar lo que Tupã le había enseñado…

La vieja montó en cólera y le empezó a golpear en el caparazón. Pero bajo el caparazón el morrocoy cantaba. Quien se hizo un lío fue la vieja rabiosa.

El morrocoy es un buen animal y les contó el secreto a los demás animales. Y, claro está, el morrocoy se dio un festín. Pero le pasó una cosa: hasta hoy tiene el caparazón rajado por la paliza que le dio la vieja.

NOVIEMBRE

CÓMO APARECIERON LOS ANIMALES

Los maués dicen que en los tiempos más antiguos del mundo solo había personas y ni un solo animal.

Un bello día la tribu de los maués planeó hacer una fiesta e incluso nombró a uno de los indios para que recibiera a los invitados. Ese indio se llamaba Hêté-nacop y se quedó en mitad del camino para guiar a los demás indios. Entonces llegó su novia. Él le prometió una fiesta bulliciosa y comida a tutiplén.

—Mira —le dijo su novia—, estoy medio enferma y no estoy para fiestas.

Todo mentira. En lo que estaba pensando la novia era en llegar al lugar de la fiesta antes que su novio para poder coquetear con otros muchachos.

Para ello se puso muy guapa: usó achiote, que es la semilla de la planta de donde sale la tinta para pintarse el rostro. En cuanto a su pelo, encontró la manera de frotarlo con frutas para que quedara más brillante. Y se dirigió a la fiesta antes de que llegase su novio. Pero alguien le avisó a este de que, mientras él estaba en mitad del camino, su novia no paraba de coquetear. El indio no le creyó y aseguró que su novia estaba enferma. Seguro que quien estaba allí era su cuñada, que se parecía a la novia. El informante insistió en su declaración. Entonces el novio acudió deprisa al lugar del baile y para ello se transformó en un pájaro veloz. ¿Qué fue lo que se encontró? Lo habéis adivinado: a su novia bailando tan contenta. El indio, furioso, de nuevo transformado en persona, les dijo a los invitados en mitad del camino: aviso de que en esta fiesta se va a producir un gran cambio en todo bicho viviente. Y le pidió a la lluvia, al rayo y al trueno que le hicieran un favor.

Cayó entonces en la selva una tremenda tempestad, y el novio se puso a pegar a todo el mundo. Por no hablar de que le dio una buena paliza a su novia, además de agarrarla bien agarrada por la nariz. ¿Sabíais que la bella india se convirtió en yurumí? Al indio, que era su compañero de baile, también le agarraron por la nariz, y se transformó en una danta de hocico alargado. Un indio que era muy feo se convirtió en murciélago y salió volando. Una vieja parlanchina se convirtió en pavón muitú. Otros se convirtieron también en periquitos, saracuras, cobras y orugas. ¿Sabéis cómo nació el yacaré?

Nació de un indio que abrió una boca llena de dientes. Los invitados, en vez de personas, eran un mono dormilón, una pantera, un urubú, un inambú macuco y no sé qué más. Por no hablar de la india que se transformó en capibara, otra en saltamontes, y otros en sapos, mariposas y grillos. Una vieja que estaba rallando guaraná, cuando vio que la cosa se

ponía fea, huyó con la vasija y la piedra de rallar la guaraná. Pero no hubo posibilidad de apelación: la vasija se convirtió en el caparazón del morrocoy, mientras que la guaraná pasó a ser su corazón. Y este es el origen de los animales marinos y terrestres, os lo creáis o no.

DICIEMBRE

UNA LEYENDA VERDADERA

En el pesebre todo estaba tranquilo y sosegado.

Era por la tarde y todavía no se veía la estrella guía. De momento la alegría serena de un nacimiento —que siempre renueva el mundo y hace que comience por primera vez—, de momento la alegría plácida, era solo de una pequeña familia humilde. Algunas personas notaban que algo estaba sucediendo en la tierra, pero ver, nadie veía, ni con seguridad sabía. En la tarde ya oscura, sobre la paja color oro, tierno como un cordero, brillaba el niño, tierno como un hijo nuestro. Bien cerca, la cara de un buey y otra de una mula lo miraban. Y calentaban el aire con el aliento de sus cuerpos. Era después del parto, y todos húmedos estaban en reposo, y todos húmedos y tibios respiraban. María descansaba su cuerpo cansado —su tarea en el mundo y ante los pueblos y ante Dios era cumplir su destino—, y ella ahora ya reposaba y miraba al dulce niño. José, con sus largas barbas, allí sentado meditaba, apoyado en su cayado. Su destino, que era el de comprender, ya se había realizado.

El destino del niño era nacer.

Se escuchaba, como si fuera en medio de la noche callada, esa música del aire que cada uno de nosotros ya ha escuchado y de la que está hecho el silencio. Era extremadamente dulce y sin melodía, pero hecha de sonidos que se podrían ordenar en una melodía. Fluctuante, ininterrumpida. Los sonidos eran como quince mil estrellas. La pequeña familia captaba la más primaria vibración del aire, como si el silencio hablara. El silencio del gran Dios hablaba. Era de un agudo suave, constante, sin aristas, atravesado por completo por sonidos horizontales y oblicuos. Miles de resonancias tenían la

misma altura y la misma intensidad, la misma ausencia de prisa, noche feliz, noche sagrada.

Y el destino de los animales allí se hacía y rehacía: amar sin saber que amaban. La dulzura de las bestias entendía la inocencia de los niños. Y, antes que los reyes, le hacían presentes al nacido con lo que poseían: la mirada grande que ellos tienen y la calidez del vientre que ellos son.

Este niño, que renace en cada bebé nacido, querría que fuésemos fraternos con los nuestros y con Dios. El niño se convertiría en hombre

y hablaría.

Hoy en muchas casas del mundo nace un Niño.

Y, como si no fuera suficiente, chispea en el aire como champán el burbujeante Año Nuevo.

CLARICE LISPECTOR (Chechelnik, Ucrania, 1920-Río de Janeiro, 1977) sorprendió a la intelectualidad brasileña en 1944 con la publicación de su ópera prima, *Cerca del corazón salvaje*. Lo que entonces se consideró una joven promesa de tan solo diecinueve años, no tardaría en convertirse en uno de los más singulares exponentes de las letras brasileñas, a cuya profunda renovación contribuyó decisivamente con su amplia y variada obra. Entre otras, Siruela ha publicado *La pasión según G. H., Agua viva, La hora de la estrella, Un soplo de vida* o el volumen recopilatorio *Todos los cuentos.*

Document Outline

- CASI DE VERDAD
  - CLARICE PARA NIÑOS
  - LA MUJER QUE MATÓ A LOS PECES
  - EL MISTERIO DEL CONEJO PENSANTE
  - LA VIDA ÍNTIMA DE LAURA
  - CASI DE VERDAD
  - CÓMO NACIERON LAS ESTRELLAS